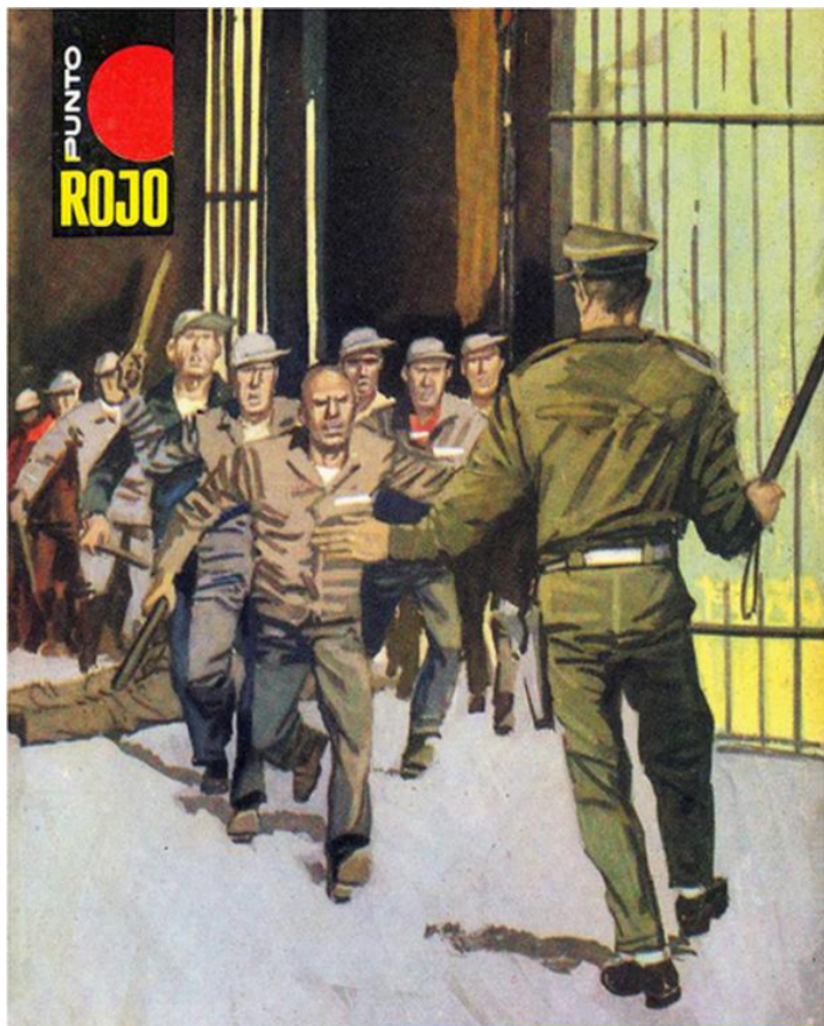


PUNTO

ROJO



MOTiN

clark carrados

MOTÍN

CLARK CARRADOS

MOTÍN

1.^a EDICIÓN
SETIEMBRE - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 10.678 - 1963

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

© CLARK CARRADOS -1962

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 1621/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

- 738. - Límites de sangre.
- 762. - La carta del muerto.

En Colección SERVICIO SECRETO:

- 628. - La chica bajo el farol.
- 631. - Condenado a muerte.

En Colección BÚFALO:

- 396. - El tren de las 7'30.
- 438. - Capital fracaso.

En Colección CONGO:

- 6. - Sahara en rojo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

- 297. - El juez damas.
- 307. - La vuelta del yanqui.

En Colección CALIFORNIA:

- 294. - Comerciantes en balas.
- 302. - Encaje de revólveres.

En Colección COLORADO:

- 106. - ¡Bandidos!
- 228. - Seis al infierno.

En Colección KANSAS:

- 214. - Fantasmas en la ciudad.
- 221. - La séptima estrella.

En Colección BRAVO OESTE:

- 82. - Savia roja.

En Colección PUNTO ROJO:

- 9. - La viuda viste de rojo.
- 18. - Ojos en la oscuridad.

MOTIN

DON CLARK CARRADOS



CAPÍTULO PRIMERO

El motín se mascaba en el ambiente.

Hacía calor, un calor húmedo, denso, pegajoso, que hacía transpirar con el sencillo movimiento de la respiración. No corría una brizna de aire y en el cielo, las nubes, densas, plomizas, se aborregaban en grandes montones de vaporosa lana gris.

Había tensión en el ambiente y había tensión en los ánimos.

De pie, tras los vidrios de la ventana de su despacho, Irving Liddell, director de la penitenciaría del Estado, contemplaba reflexivamente la masa de reclusos que atestaban el gran patio central.

Aquí y allá se veía la manohita azul de algún vigilante. Los vigilantes que prestaban servicio en el interior del penal no iban nunca armados; ni siquiera llevaban porra. No hay nada que tiene más a un convicto que poner al alcance de su mano a un vigilante con pistola.

Bajo sus pies, el edificio de oficinas y servicios trepidaba ligeramente con el movimiento de las máquinas donde los penados tejían el yute para las sacas del correo federal. A su izquierda podía ver el alto cilindro del depósito de agua, bajo el cual se hallaba el generador de fuerza para la penitenciaría, separados ambos elementos del gran patio por una tapia de seis metros de alto.

Frente a él se hallaba el Bloque C, separado también del patio grande por una tapia similar, en lo alto de la cual había una torreta de vigilancia, con teléfono y el mando eléctrico de la puerta que cerraba el paso del patio grande al del Bloque C. En el Bloque C, estaban los rebeldes, incorregibles, y castigados, además de los penados declarados dementes, en pabellón aparte. También se encontraban allí condenados a muerte. Eran dos: Mike Henderson y Tony Westmore. Henderson iba a morir aquella noche y los mil doscientos penados que albergaba la penitenciaría lo sabían.

Liddell tenía las manos a la espalda y se retorció los dedos nerviosamente. También a él se le había contagiado el ambiente.

A Liddell le inquietaban muchos problemas. Uno de ellos, el principal, el más acuciante, era el motín. Sabía, presentía que iba a estallar una sublevación. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por dónde empezaría? No podía asegurarlo, pero sí presentía que iba a ser en cualquier momento.

Quizá diera pretexto para ello la ejecución de Henderson. Eran las doce del mediodía y al condenado sólo le quedaban doce horas de vida. ¿Se amotinarían los convictos pidiendo un imposible indulto de su compañero?

Otro de los problemas de Liddell era la política. Las presiones por todos los lados de los caciques y cabilderos. Se resistía a ellas con todas sus fuerzas, pero había momentos en que le resultaba imposible y debía doblegarse, no sin antes haber ofrecido una tenaz resistencia.

Miró al cielo. No aclaraba, pero tampoco estallaba la tempestad. Al menos, el agua refrescaría el ambiente y, de paso, las ideas.

Las suyas también necesitaban refrescarse. A los problemas de la penitenciaría se unía el suyo propio.

Pensó en Mary Ann, su prometida. Hacía menos de un año que la conocía. Una joven de veintiocho años, sensata, ponderada, equilibrada y, todo hay que decirlo, muy bonita. Le amaba, de ello estaba seguro. Pero en los últimos tiempos, el carácter de Mary Ann había cambiado casi radicalmente.

Irving Liddell estaba preocupado por la joven. De unos meses a esta parte, Mary Ann sufría, sin motivo, frecuentes accesos de llanto. Otras veces eran hondas abstracciones, en las cuales caía a mitad de la conversación, resultándole a él muy difícil volverla a la realidad. Pero el denominador común de todas sus acciones era la tristeza.

¿Por qué?, se preguntaba Liddell una y otra vez, sin obtener respuesta.

Y el motín, que podía estallar en cualquier momento.

Conocía por experiencia lo que era un motín. Quince años atrás, cuando todavía no había cumplido los veinte y necesitaba desesperadamente ganar dinero para poder seguir su carrera de leyes, había aceptado un nombramiento de guardián en aquella

misma penitenciaría. Su empleo duró tres años, hasta que consiguió el título de abogado.

Montó un bufete y logró algún renombre. El fiscal se fijó en él y lo nombró su ayudante. Resolvió algunos casos difíciles, consiguiendo condenas de algunos forajidos con muchas agarraderas. Algunos de ellos estaban todavía en la misma penitenciaría de la que él era director.

Cuando tenía treinta y tres años, menos de dos antes, había estallado un grave motín en aquel establecimiento. El director anterior, un hombre venal y corrompido, fue indirectamente el causante de los desórdenes. De él sabían que era justo, recto y duro, pero flexible cuando se necesitaba. También conocían sus tres años de guardián y su carencia absoluta de ambiciones políticas. No era hombre que aspirase a sentarse en un sillón de fiscal de distrito. En consecuencia, el nombramiento de director de la penitenciaría estatal había sido poco menos que automático.

Llevaba año y medio en el cargo. Había restablecido la disciplina entre los convictos, pero al mismo tiempo, también la justicia. Vigilantes venales fueron despedidos, así como algunos vagos y negligentes, pese a sus influencias políticas. Otros habían sido trasladados a puestos de menos responsabilidad. La comida era buena y abundante —caballo de batalla de toda penitenciaría—, y la enfermería estaba bien dotada. Disponía de una buena biblioteca y un cine con seis proyecciones semanales. La mayoría de los reclusos estaban autorizados a tener aparatos de radio en sus celdas, aunque todavía no de televisión —esto era ya de la incumbencia de la Comisión Estatal de Prisiones—. Había suavizado el régimen de visitas, aumentándolo a dos mensuales y autorizando una carta semanal, aunque podían recibir todas las que quisieran. No podía hacer ya más en favor de los convictos... y, sin embargo, el ambiente era de motín.

De pronto, sonaron unos nudillos en la puerta del despacho. Se volvió.

—¡Pase!

Entró un hombre vestido de uniforme, pero sin armas ni gorra. Era Humble, el jefe de provisiones.

Humble traía un paquete en la mano.

—¿Director?

—Diga, Humble.

—Quisiera que le echara un vistazo a esto, señor.

—Bien.

Humble desenvolvió el paquete. Había en él dos filetes de carne. Hedían.

Liddell echó la cabeza hacia atrás, haciendo una mueca.

—¿Qué es esto?

—La carne que trajeron hace una hora.

Liddell frunció el ceño.

—¿La ha examinado el doctor Cargyll?

—Sí, señor. Y la dio por buena. En vista de ello, yo...

—Gracias, Humble —dijo Liddell secamente.

Fue hacia su mesa y pulsó una palanca del «intercom».

—¿Enfermería?

—Enfermería al habla —contestó una voz neutra—. Todo bien, sin novedad, señor.

—Oiga, Lynt, quiero hablar con el médico.

—Lo llamaré, señor. Un momento, por favor.

Liddell esperó unos momentos, tamborileando con los dedos sobre la mesa. Mientras, Humble lo observaba atentamente.

El guardián, escrutó aquel rostro granítico que tenía frente a sí, un rostro de trazos duros, secos, cortantes, enmarcados por una abundosa cabellera negra, levemente risada, que ya empezaba a blanquear en las sienes. «Un hombre de una pieza», se dijo Humble. «Y pensar que hay quien le quiere botar de aquí. En cuanto se marche él, el penal se convertirá en un infierno».

—Doctor Cargyll al habla —sonó una voz chillona, de repente.

—Escuche, doctor, soy Liddell.

—Ah, hola, director. La enfermería marcha muy bien. No hay más que una torcedura de pie, un panadizo, dos catarros...

—No es de los enfermos que quiero hablarle, doctor, sino de la carne que ha tenido entrada hace una hora y que usted ha aceptado como buena.

—¿Y no lo está?

—Apesta —contestó Liddell secamente.

La voz del médico tomó un tono aún más estridente.

—Óigame, director, yo no me meto en su manera de mantener el orden dentro del penal, ¿estamos? De modo que déjeme a mi

revisar los artículos alimenticios y...

—¿Así que usted da por buena la carne que ha entrado hoy, doctor Cargyll? —le interrumpió el joven.

—¡Sí! —La afirmación sonó explosivamente.

—Muy bien. Entonces, si se produce un motín por deficiencias en la alimentación —y sabe perfectamente que tenemos uno en puertas—, usted será el culpable. Esta noche los presos se quedarán sin cena, porque yo no pienso servir esta carne.

—¡Qué! —aulló el médico.

—Ya lo oye, doctor. A mí me importa un rábano el que usted sea íntimo amigo de Korthus. Eso me deja frío. Usted admite la carne que Korthus suministra. Muy bien. Pues yo no la sirvo. ¿Estamos?

Hubo una pausa, durante la cual no era difícil adivinar la cólera del médico.

—Escuche, director, le digo que...

—No hay nada que decir —cortó fríamente el joven—. Quiero otra carne en mejores condiciones o de lo contrario, esta noche los presos no tienen carne en la cena. Eso es todo, doctor.

Y pegó un golpe a la palanquita, cortando la comunicación en el acto. ¡Malditas politiquerías!

Sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó el abundante sudor de la frente.

—Llévese esa carroña, Humble —dijo.

—Sí, señor.

Al quedarse solo, Irving encendió un cigarrillo. Aspiró el humo a grandes bocanadas, pero sin extraer el debido sabor al tabaco. Le parecía que se estaba fumando la ceniza.

Estuvo así unos momentos. Luego, de repente, se acercó a la mesa.

Levantó el teléfono directo y marcó un número. Esperó unos momentos.

No tardó mucho en oír una suave voz femenina.

—Hola, Mary Ann —dijo—. Siento tener que darte una mala noticia. Esta noche no podré ir a cenar contigo, como habíamos quedado...

CAPÍTULO II

Sam Hobbins vestía de sarga gris y llevaba el número 7857 sobre el pecho. Era duro, cínico, despiadado, carente de sentimientos y capaz de avergonzar a un indio apache empleando medios de tortura con sus enemigos. Estaba de por vida en la penitenciaría, pero esperaba salir. Fugándose, claro.

Parker Vannah ostentaba el número 7991. Era un tipo sádico, cuya mayor felicidad consistía en ver correr la sangre, preferiblemente la humana. Su condena era de cuarenta y tantos años y en su historial tenían cabida todos los delitos.

El número 8,015 correspondía a un gorila llamado Burt Huris. Veintiocho años por quebrar el cuello a una mujerzuela poco complaciente. Aquel crimen había sido la culminación de una larga carrera de matón a sueldo. Ni siquiera el dinero o las influencias de su jefe fueron suficientes para salvarle. Le quedaba todavía un cuarto de siglo de cárcel por delante.

Ramsay «El Liebre», número 9102, aficionado a usar el cuchillo y la marihuana. Dos individuos habían muerto degollados por él en una pendencia tabernaria, antes de que se percatasen siquiera de que «El Liebre» tenía una navaja de resorte. Sólo le habían condenado a cuarenta y cinco años porque el defensor consiguió introducir una cuna de duda en el jurado acerca de una posible legítima defensa, y el jurado, en su veredicto, había recomendado clemencia.

El último miembro del quinteto de asesinos era Johnny «El Dandy», el tipo del que se decía que sus uniformes carcelarios estaban hechos a medida. Número 10 533.

Condena, cincuenta y dos años por diversos delitos, incluido uno de tipo sexual. Individuo de buena presencia física, pero canalla y amoral hasta el máximo.

Aquellos cinco hombres eran los jefes del motín. Había, por supuesto, penados con mayores condenas, pero pocos de ellos gozaban de sus amistades e influencias en el exterior.

Ahora estaban discutiendo el modo más conveniente de provocar el motín. Les convenía una alteración de ese tipo.

—Así —argumentaba Hobbins—. «El Roca» será destituido y en su lugar podrán a Dannison.

—¿Y qué? Continuaremos presos, maldita sea —gruñó Huris, el gorila.

—Idiota —murmuró Hobbins plácidamente—. Dannison es amigo de Karthus. Hará lo que éste le pida, ¿comprendes? Y como Karthus es muy amigo mío, pues...

«El Liebre» sonrió debajo de su labio superior.



—*Cómo me gustaría meter un cuchillo...*

—¡Cómo me gustaría meter un cuchillo entre las costillas del «Roca»!

«El Roca» no era otro que Irving Liddell.

—Tiempo tendrás para ello, cuando estemos en la calle. Pero, por ahora, es preciso tener paciencia, chico —murmuró Hobbins—.

Fugarnos de aquí es imposible mientras ese bastardo esté al frente de la penitenciaría. Paciencia, chico, paciencia.

—¿Y porque no esta tarde? A la noche cuelgan a Henderson.

La pregunta procedía de «El *Dandy*».

—Henderson no nos importa. El que interesa de veras es Westmore.

«El *Dandy*» aguzó el oído.

—¿Westmore? —repitió.

—¿Sí? —Hobbins bajó la voz y cuchicheó durante unos segundos con sus compañeros. Luego se echó hacia atrás, muy satisfecho de su revelación.

—¡Qué! —exclamó «El *Dandy*» sin aliento—. ¿Es cierto eso que me dices?

Hobbins juntó en círculo el índice y el pulgar.

—Lo que oyes, chico.

—¿Y tú cómo lo sabes? —inquirió «El Liebre».

—Me lo ha dicho Flake, mi abogado. Que. —Hobbins fingía no darse importancia—, como sabéis, también lo es de Alvin Karthus, un buen amigo allá donde los haya.

—Pero yo no entiendo la relación que pueda haber entre Westmore y...

—Todo a su debido tiempo, chico —dijo Hobbins, recurriendo a su gesto favorito: echarse aliento en las uñas y luego frotándoselas contra la sarga de su uniforme carcelario—. Westmore es lo que vulgarmente suele llamarse un tiro en reserva. Por si fallase lo del motín, claro.

—¡Hum! —Dubitó Vannah—. Muy bien, «El Roca» se larga. Pero ¿es seguro que nombrarán a Dannison? Porque si nombran a otro, estamos perdidos.

—Yo os digo que nombrarán a Dannison —aseveró Hobbins con la autoridad del que está solo un peldaño más bajo que el rey—. Y cuando digo una cosa...

El pie de «El *Dandy*» le pegó de repente en el tobillo.

—Mira, Sam —dijo en voz baja—, ahí está «El Orejas».

Hobbins miró en la dirección indicada. Había un penado parado a dos o tres pasos de distancia, muy entretenido, al parecer, en contemplar una partida de damas que otros dos jugaban es el suelo de cemento del patio.

Tim McDude, número 10 586, era un hombrecillo desmedrado, de ojos huidizos y expresión temerosa. Delito: falsificación y estafa. Condena, de doce a veinte años, por ser multirreincidente. Dentro de la penitenciaría desempeñaba el papel de confidente. Por eso le llamaban «El Orejas», porque se pasaba el día escuchando lo que decían los otros reclusos.

—Está escuchando —susurró «El Liebre».

—Dejadlo de mi cuenta —murmuró Hobbins, cuyo rostro se torció en una mueca de crueldad infinita—. Voy a pegarle tal susto que se va a quedar sordo de golpe.

—Cuidado, tú —recomendó Huris, el gorila—, no vayas a estropearnos el pastel.

—Quédate tranquilo, chico —dijo Hobbins. Y de pronto soltó un carraspeo, seguido de un par de toses.

«El Orejas» volvió la cara durante una décima de segundo. Luego, metiéndose las manos en los bolsillos, caminó en dirección a los lavabos, situados en el lado opuesto del patio.

Hobbins se puso en pie. Juntó el índice, y el pulgar, a la vez que guiñaba el ojo a sus compinches.

—Esta noche le salen granos del susto —dijo, sonriendo perversamente.

Camino con aire tranquilo, esquivando los densos grupos de penados, pero sin perder de vista a «El Orejas» ni por un instante. Al fin lo vio entrar en los lavabos y aceleró el paso.

Cruzó el umbral de la puerta. Escuchó un instante. El rumor de las conversaciones de los presos adquiría en aquel recinto extrañas resonancias.

El departamento de lavabos estaba subdividido en cubículos, dos docenas a ambos lados de un pasillo central. Cada cubículo estaba cerrado por una puerta de madera, de rejas horizontales, que llegaba por arriba hasta la altura del cuello de un hombre normal y por debajo hasta las rodillas. De este modo, los guardianes de servicio en el patio podían inspeccionar lo que sucedía en los cubículos.

Pero había en el fondo un rincón cubierto: el de la llave de paso de las aguas, un pequeño recodo en el que no se veía lo que pasaba, desde la puerta. Era un ángulo muerto y Hobbins lo conocía perfectamente.

Hobbins se metió en uno de los cubículos situados frente al lado en que había entrado el soplón, aunque un poco desviado hacia la puerta. Esperó, asomando apenas la cabeza.

«El Orejas» salió poco después. Entonces, Hobbins abandonó su escondite y se le acercó, echándole la mano sobre el hombro.

—Ven, «Orejas», ven, tenemos que hablar. —Y se lo llevó hacia el recodo de las llaves de paso.

McDude perdió el color. Intentó resistirse, pero en manos de Hobbins era poco menos que una pluma.

—Yo... escucha, Sam; si el guardia nos ve, nos dejará un mes sin visita...

El tono de «El Orejas» indicaba sobradamente el pánico que lo poseía.

Hobbins sonrió como hubiera podido sonreír una serpiente al divisar a su presa.

—No te preocupes, saldremos antes de que nos vean.

—Ya sabes que no les gusta vernos aquí por parejas...

—Calla, tonto, si no tiene nada de particular. Sólo quiero hablar un momento contigo y...

Ya habían llegado al recodo, el cual tenía un metro de ancho por uno veinte de profundidad. Sin previo aviso, Hobbins echó las manos al cuello de McDude y lo aplastó contra la pared.

Hobbins apretó un poco, sólo un poco; no quería quebrar un cuello tan endeble.

Los ojos del soplón se desorbitaron, a la vez que su boca se abría en una mueca de pavor imposible.

—Escucha —dijo Hobbins en tono bajo y concentrado—, aquí no nos gustan los chivatos, ¿me entiendes? No quiero que te acerques a nosotros en ningún momento. Procura mantenerte siempre bien lejos. Si otro día te sorprendemos, a la mañana siguiente... ¿estamos?

«El Orejas» quiso decir algo, pero los sonidos se negaban a pasar por su garganta, cruelmente oprimida.

—No eres el primer chivato que ha muerto en la cárcel. «Orejas», tenlo en cuenta.

Aflojó ligeramente las manos. McDude jadeó, tragando aire convulsivamente. Tenía el rostro brillante por el sudor.

—No —te juro que no diré nada, Sam...— balbuceó, lívido de

espanto.

—Así me gusta —dijo el rufián, satisfecho—. Silencio, es la garantía de una larga vida. Y ahora, para que no se te ocurra pensar en una cosa distinta...

Bruscamente, levantó la rodilla derecha, clavándola en el bajo vientre del soplón, a la vez que apretaba más las manos sobre su garganta para impedirle gritar.

El cuerpo, de «El Orejas» se arqueó en una terrible convulsión. Hobbins le golpeó dos veces más con singular sadismo. Pegó otro estrechón a su garganta y luego soltó su presa.

«El Orejas» se encorvó sobre sí mismo, después de haber caído de rodillas al suelo. Empezó a vomitar.

Hobbins desvió la mirada con asco.

—¡Qué flojo! —comentó despectivamente.

Y se encaminó hacia la salida.

Cuando ya alcanzaba la puerta se tropezó con un hombre vestido de azul.

—Eh, tú, Hobbins —le dijo el vigilante—, ¿qué rayos haces ahí dentro tanto rato?

—Bueno —contestó el penado con desfachatez—, uno es un hombre, ¿no?, y tiene necesidades...

—Tus necesidades las conozco yo mejor que nadie —dijo el guardián abruptamente—. ¡Largo al patio!

—Está bien, está bien —dijo Hobbins desvergonzadamente—. ¡Qué gente ésta! ¡Ni aun lavarse las manos puede uno!

Luego se reunió con sus compañeros.

—¿Qué tal? —preguntó Vannah, con ojos brillantes. Sabía lo que Hobbins había hecho y lamentaba infinito no haber estado presente para disfrutar del espectáculo.

—Listo. Le he metido el miedo en el cuerpo. No hablará.

—¡Hum! —dijo «El Dandy» dubitativamente.

CAPÍTULO III

Carl Wayle era el subjefe de vigilantes del penal. Era un muchacho joven, de unos treinta años, de rostro agradable y carácter recto y enérgico. Dentro del Cuerpo tenía la categoría de teniente, aunque no se le llamaba casi nunca por ese calificativo, como a su jefe, el capitán Dannison. Era honrado y poco amigo de componendas. El deber significaba lo primero para él.

Estaba muy ocupado, con un plano del penal sobre la mesa. Al lado tenía una lista de los guardianes. Aquella noche había que reforzar el servicio puesto que iba a tener lugar una ejecución.

La puerta del despacho se abrió de pronto y un hombre entró en la estancia sin pedir permiso. Era Dannison, el jefe de vigilantes.

—¿Qué está haciendo, Wayle?

El joven se puso en pie.

—Me disponía a estudiar el servicio de vigilancia para esta noche, señor. Si no tiene inconveniente...

—Sí lo tengo —le interrumpió Dannison secamente. Era un tipo de unos cuarenta y tantos años, fornido y robusto, pero de mirada poco fija y facciones blandas—. No se tome usted atribuciones que no le competen, ¿estamos?

Wayle apretó los puños.

—Señor —contestó—, usted *no estaba* y...

—Eso no le importa a usted, Wayle —declaró Dannison abruptamente—. ¿Dije que no iba a venir? ¿Envié mi baja de enfermo? Pues entonces, quieto y a cumplir con su obligación, que en estos momentos es revisar los puestos de vigilancia de los muros externos. Del servicio de esta noche me encargo yo, ¿estamos?

Wayle procuró disimular su ira; El reproche era totalmente injustificado. Otras veces había dispuesto el servicio de vigilancia en noche de ejecución y Dannison se había limitado a aprobarlo sin más. Pero ahora...

—Usted está minándome el terreno —espetó de pronto el jefe de vigilantes—. Sé lo que quiere; mi puesto primero y luego el de director del penal. Pero tenga cuidado con lo que hace o propondré su destitución, ¿me ha oído? Y su amigo Liddell no tendrá otro remedio que aprobarla, ¿comprende?

El rostro del muchacho se puso blanco de ira. Mordióse los labios, pero no dijo nada.

Tomó la gorra y salió en silencio de la pieza.

—¡Maldito entrometido! —renegó Dannison entre dientes. También él estaba nervioso.

Sabía que el motín se iba a producir, aunque no la hora y el día exactos. Sabía igualmente que el motín le beneficiaría grandemente, puesto que era un golpe dirigido directamente contra Liddell, cuyo puesto soñaba con ocupar. Pero había una cosa que no desconocía y que era la causante de su nerviosismo.

Un motín se sabía cómo empezaba pero nunca cómo terminaba. Lo mismo podía reducirse en unos minutos que durar una semana. Los presos no se ajustaban nunca a reglas fijas cuando se salían de los carriles del reglamento. Además, él llevaba un odiado uniforme azul y aunque tenía a su lado un grupito de adictos, había otros penados a los cuales nada les agradaba más que una ocasión de revuelta para ajustar las cuentas con los hombres que los custodiaban. Para ellos un uniforme azul era sólo un símbolo, no la envoltura de una persona determinada; el símbolo de la Ley que los mantenía tras unos muros, sólida y ferozmente aislados de la sociedad a la cual —ellos no lo querían reconocer así— habían herido tan cruelmente con sus crímenes y depredaciones.

Por eso sudaba el jefe de vigilantes. El puesto de director era bueno, y lo sería aún más en sus manos; sin embargo, para lograrlo tenía que atravesar por un motín. Y luego complacer a un amigo que...

Se sentó en la mesa con la mente vacía. ¿Cuándo estallaría el motín? ¿Aquella tarde? Los días en que había ejecuciones capitales eran difíciles. Y mil doscientas fieras sabían que aquella noche, a las doce, se cortaría el hilo de una vida. ¿Aprovecharían la ocasión para sublevarse?

Trató de distraer su mente y empezó a elaborar un plan de vigilancia.

Una hora más tarde, sonó el zumbido del «intercom». Movi6 una palanquita.

—Dannison, venga.

Son6 un «click». No hubo m6s. Dannison sabía bien qui6n le llamaba.

—¡Maldito! —Gruñ6 entre dientes.

Se abroch6 el cuello de la camisa y se ajust6 la corbata negra. Luego sali6 de la habitaci6n con paso r6pido.

Momentos despu6s estaba frente al director.

Procur6 disimular el odio que latía en su interior hacia aquel hombre. Odiaba todo cuanto Liddell representaba: juventud, inteligencia, firmeza, rectitud, independencia, incluso hasta su impecable vestimenta, que no se descomponía ni aun con aquel bochornoso calor.

Liddell era un hombre que jam6s había aceptado un compromiso ni una componenda. En cambio 6l... Pero le gustaban demasiado ciertas cosas que no podía obtener con su sueldo de capit6n de vigilantes. Adem6s, era preciso abonar los plazos del coche y del 6ltimo televisor. Mildred, su mujer, siempre estaba pidiéndole dinero para ella y para sus supuestas obras de caridad, que no eran sino alegres partidas de canasta con sus amigas, en las cuales solía perder indefectiblemente. Del nuevo refrigerador le quedaban todavía siete plazos por pagar y, por si fuera poco, el hijo mayor, estudiante en la Universidad de la capital del Estado, no hacía m6s que pedir dinero para libros... o lo que fuera. Otros estudiantes trabajaban entre horas para costearse sus estudios; su hijo, no; era demasiado gandul: a veces incluso para abrir las tapas de los libros de estudio. Si no aprobaba este curso, se lo traería al penal a que ocupase una plaza de aspirante a guardi6n; ya estaba cansado de sufragar la ociosidad de un vago que se había figurado era hijo de un millonario.

Si le diesen la plaza de director, pens6. Y luego, cuando aquel quinteto se hubiese largado, tendría una succulenta compensaci6n. No sabía c6mo iba a proporcionarles la fuga, pero siendo director, las cosas rodarían m6s f6cilmente. Por supuesto, alg6n guardi6n inocente pagaría los platos rotos, pero, eso, ¿qu6 le importaba a 6l? Al diablo con todo; quería dinero y sentarse tras la mesa en el sill6n que ahora ocupaba Liddell, con todas las prerrogativas que esto

traía consigo. Había algunos presos con pasta; conocía un par de guardianes venales, que habían cesado momentáneamente en sus actividades cuando Liddell inició su limpieza en el personal. Bueno, se entendería con ellos y les exprimiría a aquellos presos el jugo hasta que...

La voz del director cortó súbitamente sus pensamientos.

—¿Tiene ya dispuesto el servicio para esta noche, Dannison?

—Sí, señor —contestó el vigilante jefe—. Parker y Brown estarán en la torreta central sur. Smith y Hatler en la suroeste...

Liddell escuchó en silencio. Be pronto, dijo:

—Jeramy, no.

Dannison respingó.

—Pero, señor...

—Envíelo a la puerta de entrada con el de turno, para recibir a los periodistas y a los testigos. Jeramy no es de confianza para pasar las últimas horas junto a un condenado a muerte.

Dannison se mordió los labios.

—Bien, señor.

—¿Ha estado usted con Henderson?

—No. Acababa de llegar casi cuando usted me llamó.

—Bien, vaya a verle e infórmeme sobre su estado de moral. Dígale que tenemos una línea conectada con el despacho del gobernador, por si surgiese alguna novedad a última hora.

—Sí, señor.

—Y pregúntele si quiere la cena tradicional o desea alguna cosa diferente.

—Entendido, señor.

—Otra cosa, haga que revisen el patíbulo.

—Encargaré de ello a Wayle.

—Bien.

Dannison inició la salida. Pero se detuvo al oír la voz del director.

—Escuche, Dannison.

—¿Señor?

—Se está preparando un motín. ¿Qué sabe usted de ello?

Dannison mintió.

—Nada en absoluto, señor. Es algo completamente nuevo para mí... Bueno, me refiero a este motín en concreto.

—Pues se está gestando, se lo aseguro. —Liddell, se puso en pie y se encaminó hacia la ventana, con las manos a la espalda—. Que yo sepa, hay hasta ahora cinco cabecillas: Hobbins, Vannah, «El Dandy», Huris y «El Liebre». Haga que sus hombres los vigilen estrechamente. En cuanto vea la menor señal de peligro en ellos, métalos en celdas de castigo.

—Sí, señor.

—Es preciso atajar el mal en sus comienzos, antes de que se extienda. Somos menos de cien hombres contra mil doscientos, la mayoría de ellos tipos duros y resueltos a todo con tal de conseguir su libertad. Pero, al mismo tiempo, son duros individualmente; en conjunto, forman una manada y la manada va a dónde la llevan sus guías. ¿Comprende lo que quiero decirle?

—Perfectamente, señor.

—Vigile, pues, atentamente a esos cinco individuos. Me gustaría encerrarlos desde ahora en celdas separadas del Bloque C, pero, desgraciadamente, no me han dado motivo. Se portan bien para evitar un castigo prematuro que podría dar al traste con sus planes.

—Comprendo, señor. Haré todo como usted ha dicho.

—Eso es todo. Gracias, Dannison.

El vigilante jefe saludó y salió. Al cruzar la puerta, no pudo por menos de evitar un comentario entre dientes:

—¡Hijo de perra!

CAPÍTULO IV

Seguía haciendo calor, un calor tremendo.

Los presos estaban aplanados. Sus conversiones se desarrollaban en tono bajo, como un suave murmullo. Pero en un momento dado, si alguien prendía la mecha al barril de pólvora que era el presidio, aquellos hombres estallarían en una explosión de gritos, dicterios e imprecaciones, seguida luego de otras cosas peores que los desahogos verbales.

Flanqueado por dos hombres, Carl Wayle, teniente de vigilantes, atravesó el patio grande. El muchacho caminaba con largas zancadas, reciamente, sin mirar a derecha ni a izquierda, con la barbilla erguida y el aire resuelto.

Tras él quedaban flotando los comentarios hechos en voz baja.

—Míralo, parece el conquistador del mundo.

—El traganiños.

—Un maldito bastardo; así le peguen un tiro por equivocación en una ronda nocturna.

—El puerco asqueroso.

—Ojalá le degüellen un día en un motín.

Wayle sabía que hablaban de él, pero hizo caso omiso.

Llegó a la puerta de acero que separaba el patio grande del más pequeño, correspondiente al Bloque C.

—Que se aparten éstos de ahí —dijo.

—¡Largo, fuera! —gritaron los guardianes.

Los convictos se marcharon. Entonces, Wayle agitó la mano.

El vigilante que estaba en la torreta que había sobre el muro, correspondió con un gesto análogo. Pulsó un botón y el pesado portón de acero empezó a deslizarse a un lado.

Wayle penetró apenas tuvo el espacio suficiente. Sus dos hombres le siguieron.

Pasaron al otro patio. Aquí habría unos doscientos hombres,

todos ellos pertenecientes al grupo de incorregibles y rebeldes.

Ojos duros, miradas atravesadas, rostros deformados por el vicio, manos crispadas, pensamientos atroces, depravación.

Desesperanza.

Esto era el Bloque C.

Además, estaban los locos, los castigados y...

Los condenados a muerte.

Uno iba a ser ahorcado aquella noche.

A las doce, el verdugo cortaría el hilo de una vida.

Y la sociedad se habría cobrado una deuda.

Un guardián abrió la cancela de entrada al edificio del Bloque C. Wayle y sus hombres atravesaron un pequeño vestíbulo y luego giraron hacia su derecha.

El mismo guardián abrió una segunda puerta enrejada, que daba a un pasillo de unos cinco metros de largo, brillantemente iluminada por varias lámparas encendidas aun en pleno día.

Al principio de la escalera había una puertecita de hierro, cerrada en aquel momento. La puertecita conducía al cuarto donde los testigos, periodistas y funcionarios presenciaban la ejecución. Éste se hallaba en la planta baja.

Las celdas de los condenados a muerte se encontraban en el primer piso. Esto tenía una explicación.

Las ejecuciones se realizaban por medio de la horca. El reo era colocado sobre una plataforma, en la que había una trampa. Cuando le habían puesto la cuerda al cuello, el ejecutor tiraba de una palanca y la trampa se abría. El reo caía y al tensarse la cuerda, las vértebras cervicales quedaban fracturadas en el acto. Su muerte era instantánea. El cuerpo quedaba así a unos treinta centímetros sobre el suelo de la planta, frente a los espectadores de la ejecución.

Wayle y sus hombres subieron la escalera. Ésta terminaba en otra cancela de hierro, al lado de la cual había otro vigilante. La puerta se abrió con gran rechinar de hierros, permitiendo el paso a un corredor de ocho celdas, cuatro a cada lado.

Al fondo había otra puerta blindada. El reo entraba por allí pero salía por otra distinta. Muerto.

En aquel corredor no se apagaban nunca las luces. Día y noche permanecían encendidas. Los ocupantes de las celdas no tenían derecho a la oscuridad más que en dos casos: indulto... ¡o muerte!

En este último caso, la oscuridad era eterna.

Otro guardián estaba apostado delante de la segunda celda a contar desde la puerta, a la izquierda. Allí se hallaba Tony Westmore, el hombre cuya ejecución estaba fijada para cinco días después.

Wayle se detuvo ante la celda número siete.

—Hola, Tony —saludó.

El reo estaba sentado en el camastro, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza baja. Levantó la vista al oír la voz del teniente de vigilantes.

—Hola, Wayle —dijo, haciendo una mueca muy poco parecida a una sonrisa.

—¿Cómo va eso?

El reo se encogió de hombros.

—Regular nada más.

—¡Animo! —dijo Wayle—. Ya sabes que el gobernador tiene en estudio tu caso. Hay buenas probabilidades de que te conceda el perdón.

—Quisiera ser tan optimista como usted, Wayle —contestó el reo. Era un muchacho joven, de unos veinticinco o veintiséis años, bien parecido. Wayle no se explicó nunca cómo un joven como Westmore, bien situado y con una posición envidiable, había cometido un crimen tan estúpido como el que le había llevado a la Casa de los Muertos, como era llamado aquel departamento en el argot carcelario.

—Verás como ahora todo sale bien —sonrió Wayle. Y siguió su camino.

El hombre a quien iban a ejecutar aquella noche estaba en la celda número cuatro, la inmediata a la puerta del cuarto del patíbulo. Dos guardianes estaban con él. Uno le vigilaba, en tanto que el otro jugaba a las damas con el reo, procurando distraerle.

—¿Henderson? —dijo Wayle.

El condenado levantó la vista del tablero. Quería mostrarse valeroso, pero tenía el rostro ceniciento.

—Sí, Wayle.

—Animo. Quizá a última hora...

Henderson hizo una mueca.

—Olvídelo, teniente. No habrá indulto. No me venga con

palabras de consuelo. Demasiado sabe que el gobernador se ha negado reiteradamente a reconsiderar mi caso.

—Bueno, pero eso ha sido en un principio. Después, ya se sabe, vienen las presiones y...

Henderson se encogió de hombros. Volvió la vista al tablero.

—Usted mueve,

O'Lark.

Wayle se volvió hacia los dos vigilantes que le habían acompañado.

—Bueno, empiecen.

A la izquierda de la puerta blindada había una repisa. Uno de los guardianes llevaba una gran cartera de cuero, de la cual extrajo un aparato telefónico que colocó sobre la repisa. El otro empezó a manipular en un rollo de cables que transportaba en otra cartera.

En pocos minutos estuvo instalada una línea directa con la secretaría del gobernador, y desconectada la que había en el despacho del director. Wayle comprobó el perfecto funcionamiento del aparato y quedó satisfecho.

—Usted se quedará aquí, Grantland —se dirigió a uno de los guardianes que le habían acompañado, a la vez que consultaba el reloj—, hasta las ocho de la noche. Usted, Lewisohn, de las ocho a las doce. No abandonen este lugar bajo ningún concepto. Recuerden que la vida de un hombre puede depender de su atención.

—Enterados —contestaron los vigilantes a dúo.

Wayle volvió a consultar su reloj. Los presos entrarían en sus celdas una hora antes. Así sucedía cada vez que había ejecución. Y él quería contemplar la entrada del patio desde la torreta que había en el muro de separación.

Cuando cruzaba el patio pequeño, oyó una alucinante carcajada. Uno de los presos del departamento de enfermos mentales acababa de sufrir un acceso de demencia.

CAPÍTULO V

Sonó el teléfono bruscamente, arrancando a Liddell de sus amargas meditaciones.

El joven alargó la mano y tomó el auricular.

—Liddell —dijo únicamente.

La voz que sonaba era untuosa, resbaladiza.

—Hola, director. ¿Qué tal? Soy Alvin Karthus.

—Encantado de saludarle, señor Karthus. ¿En qué puedo servirle? —respondió el joven fríamente.

—El doctor Cargyll me ha dicho que usted rechazó una partida de carne que le serví esta mañana.

—Así es. Estaba podrida —contestó el joven fríamente.

—Ésas son palabras muy fuertes, director.

—También lo era el olor que despedía su carne, Karthus. ¿Qué quería, que se la diese a los presos y se me amotinassen o, lo que aún es peor, se me enfermasen más de la mitad de ellos?

—El doctor Cargyll la dio como buena —bramó Karthus—. Su obligación era aceptarla y servirla en la minuta de esta noche.

—Usted no tiene que decirme a mi cuál es mi obligación, Karthus —contestó Liddell sin inmutarse—. La carne estaba podrida y la he devuelto, eso es todo. ¿Alguna cosa más?

A través del hilo, Liddell percibió claramente el crujir de dientes de su oponente.

—Usted se cree muy fuerte, director, pero yo le podría perjudicar bastante. ¿No lo sabía?

—Sus amistades me importan un rábano, Karthus. Mientras yo sea el director del penal no aceptaré imposiciones de nadie. Y si me apura mucho, influiré acerca de la Comisión de Prisiones para que cambien de proveedor.

—¡Maldita sea! Usted no puede hacerme eso, director. No tiene la fuerza suficiente para ello. En cambio, yo...

—Usted, ¿qué?

—Podría botarle del cargo si se pone terco.

Liddell soltó una risita.

—Me parece que a la Comisión de Prisiones le gustaría mucho escuchar esta conversación. ¿Sabe?, cada vez que hablo con una sabandija como usted, suelo impresionar el diálogo en una grabadora acoplada al teléfono...

«¡Click!».

Liddell sonrió, mientras meneaba la cabeza. No era verdad lo de la grabadora, pero había intimidado a un granuja como Karthus.

Tipos semejantes eran los que fomentaban la criminalidad, pensó, perdida ya la sonrisa. Proveedores venales, políticos sin escrúpulos, cabilderos atentos únicamente al logro de sus fines personales. Todavía ignoraba cómo había podido conservarse año y medio en el cargo.

Alvin Karthus. Un tipo venal, cínico, carente de moral; proveedor de artículos mediocres cuando no malos francamente, como la carne de aquella mañana; contratista de construcciones municipales que no hacían la menor falta y en las que la arena era usada pródigamente, mucho más que el cemento; empresario de un par de salas de fiestas de gran rendimiento, pero de dudosa reputación; cabecilla de una banda de rufianes muy parecidos a los *gangsters*, si no lo eran... Ese y otros eran los hombres con los cuales tenía que luchar desde su puesto. Hombres como Karthus, que sobornaban a personas como el doctor Cargyll y el capitán de vigilantes Dannison y el guardia Jeramy... que mangoneaban en las altas esferas municipales y estatales...

¡Y aún se atrevía a decirle lo que tenía que hacer!

Una vena latió furiosamente en la frente del joven. Sus manos se crisparon de pronto.

Políticos corrompidos que se dejaban sobornar y gastaban alegremente el dinero en obras sin utilidad o hechas de cualquier forma. Hombres que tenían en sus manos la confianza de sus conciudadanos y la traicionaban despreocupadamente, aceptando dádivas de tipos como Karthus y otros por el estilo.

Y luego ocurrían motines. Gastaban el dinero en obras de escasa utilidad pública y luego lo regateaban en el sueldo de sus funcionarios. Un simple barrendero ganaba doscientos dólares

anuales más que un vigilante de segunda clase. Y no se jugaba la vida como éste.

Además, estaba la penitenciaría. Vieja, insegura e inadecuada a las necesidades de una vida moderna, de una ciencia penal que avanzaba de día en día. Apenas si había podido conseguir una leve separación entre los delincuentes primarios y los reincidentes. Llevaba tiempo clamando por la construcción de un cuarto bloque, destinado únicamente a los primarios, para mantenerlos en total aislamiento de los veteranos, endurecidos por el vicio y el crimen. Sus clamores se perdieron en el desierto; bien era verdad que no había peor sordo que el que no quería oír.

Luego se quejaban si estallaban motines o si los presos, al ser puestos en libertad, salían más enviciados y corrompidos que antes. No había, no podía haber tratamiento penal con un personal insuficiente y mal pagado, con una deficiente observación de la conducta de sus mil doscientos penados, con un taller en el que apenas si encontraban trabajo la décima parte... en fabricar únicamente sacas de yute para el correo federal. Más de mil convictos sujetos únicamente al régimen de celda y patio, patio y celda... durante años y más años, sin esperanzas para el porvenir, sin el menor rayo de luz que alumbrase el largo y oscuro túnel de su condena.

Encima, querían obligarle a aceptar una carne podrida. Como sus espíritus. Como todos ellos.

Hacía calor.

Se pasó un pañuelo por la frente. Ya tenía ganas de que acabase todo. Los días de ejecución eran los peores de todos.

¿Cuándo estallaría el motín?

Se acercó a la mesa. Mary Ann había estado fría y hasta displicente cuando le dijo que no iría a cenar con ella esa noche.

¿Por qué?

¿Por qué no le era franca?

Levantó el teléfono. Empezó a marcar el número de Mary Ann, pero de pronto colgó con un gesto de rabia.

En su celda de condenado a muerte, Henderson coronó dama.

CAPÍTULO VI

A las ocho y media, recién oscurecido, un hombre llamó a la puerta exterior de la penitenciaría. El hombre enseñó un documento a través de la mirilla.

—Espere un momento —dijo el guardia.

Cari Wayle vino poco después. El guardia le informó de la visita.

—Abra —dijo el joven, secamente.

El hombre cruzó el umbral. Vestía de oscuro, con un gran sombrero caído sobre las cejas. En la mano derecha traía un maletín.

—Venga —dijo Wayle.

Atravesaron el pequeño antepatio y luego el edificio grande, donde estaban las oficinas, servicios auxiliares, enfermería y talleres. Luego cruzaron el gran patio, el del Bloque C, y, finalmente, llegaron a la Casa de los Muertos.

El hombre del traje oscuro era el ejecutor.

Nadie sabía dónde vivía; sólo el director. Cuando se anunciaba una ejecución, Liddell ponía una conferencia telefónica, daba su nombre y pronunciaba una sola palabra, la misma que Wayle acababa de pronunciar.

—Venga.

Y el hombre acudía.

Mientras cruzaban el patio grande, Wayle pensaba en que tal vez así era mejor, tal vez convenía la horca en aquel Estado de la Unión, para la pena de muerte. En otros Estados, donde se aplicaba el gas o la electrocución, los mismos guardianes tenían que hacer de verdugos, papel harto desagradable. Aquí era distinto y mejor para ellos. Ya tenían bastante con custodiar al reo hasta el último minuto.

Al llegar a la Casa de los Muertos, Wayle abrió la puertecita de acero de la planta. Entraron en una habitación espaciosa, sin

ventanas, en la que había cinco o seis filas de asientos, con diez sillas cada una. Nunca se ocupaban todos los asientos.

La habitación quedó iluminada cuando Wayle oprimió un interruptor. En el otro extremo se veía una especie de cajón de madera de gran tamaño, sostenido por varias pilastras de riel de ferrocarril colocadas vertical y transversalmente. Al fondo había una escalerilla vertical.

El ejecutor subió unos cuantos peldaños de la escalera. Oprimió un resorte y la trampa se abrió en dos. Los batientes quedaron balanceándose a derecha e izquierda.

—Esto funciona —comentó. Y se izó al piso del patíbulo.

Wayle subió tras él. El verdugo dejó el maletín en el suelo y lo abrió a continuación, extrayendo uña cuerda nueva, fuerte, con olor a cáñamo recién hilado. El nudo corredizo ya estaba hecho.

El patíbulo medía unos tres metros de lado. En uno de ellos había un saco lleno de tierra, con un gancho de hierro. También había una silla.

Una viga de riel cruzaba el techo. De la viga pendía una sólida polea de acero.

El verdugo cerró la trampa, ajustando luego la palanca. Movié esta un par de veces. La trampa tenía un metro de lado, más o menos.

Puso la silla sobre la trampa y se subió a ella, pasando el extremo opuesto de la cuerda sobre la polea. Luego se bajó, llevando el cabo basta un gancho encastrado en la pared, adonde la ató sólidamente.

A continuación colocó el saco directamente sobre la trampa. Levantó el gancho y lo sujetó al lazo. Después se echó a un lado.

Tiró de la palanca. Se oyó un zumbido primero, después un fuerte chasquido. El saco quedó balanceándose a un metro del suelo.

—¿Qué estatura tiene el reo? —preguntó el ejecutor.

—Uno setenta y cinco, más o menos.

—¿Fuerte?

—Sí, bastante.

—Entonces, pesará unos setenta y tres kilos.

—Así es.

El verdugo se retiró uno o dos pasos, calculando la longitud de

la cuerda. Luego se asomó a la trampa.

—Tendré que acortar la cuerda un par de palmos —dijo—. No tendría ninguna gracia que, al caer, se apoyaran sus pies en el suelo. —Y con sonrisa que hizo estremecer a los presentes, añadió—: Una vez me pasó eso y tuve que tirar de la cuerda para izarlo de nuevo. Nadie quiso ayudarme. No fue una cosa agradable, lo aseguro.

Wayle se estremeció nuevamente.

A pocos pasos de distancia estaba el reo. El ruido del saco al caer por la trampa se oyó claramente.

Henderson levantó la cabeza.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Nada —contestó inocentemente uno de los guardianes—. Algún loco.

—Los locos están en el otro lado —gruñó Henderson. Y de pronto se quedó sin color—. El verdugo está probando la trampa.

Los guardianes callaron.

El reo disponía de un aparato de radio. La música cesó bruscamente.

—Señoras y señores, a continuación damos un boletín de noticias. El gobernador ha rechazado la última petición de indulto a favor de Mike Henderson, condenado a la última pena, como todos ustedes saben...

—¡Cierre eso! —chilló furiosamente el condenado.

Uno de los guardianes apagó la radio.

En su celda, Hobbins, situado en la litera superior, había oído la noticia.

—Vaya, por fin lo apiolan esta noche.

Debajo de él estaba Vannah. En otra litera frontera, de una sola cama, se hallaba «El *Dandy*».

Vannah dijo:

—Me gustaría presenciar una ejecución, palabra. Menuda cara debe poner el fulano.

—No se la verías —manifestó «El *Dandy*»—. Le tapan la cabeza con un capuchón.

—Además —dijo Hobbins—, ¿no te cargaste ya una vez a un tipo estrangulándolo con un cordón de seda? Pues te acuerdas del fulano y ya está.

El locutor calló y la música se reanudó.

«El Orejas» estaba en una celda situada un poco más allá. Escuchaba. Pero no oía nada de lo que le interesaba.

Odiaba a Hobbins. Lo odiaba con todas sus fuerzas. Pero, al mismo tiempo, le temía. Aún le dolía el vientre y casi no había podido cenar aquella noche a causa de los estrujones que aquel bastardo le había dado en la garganta.

Y él sabía que Hobbins iba a provocar un motín.

Le gustaría denunciarlo. Pero para hacerlo, debía antes averiguar la hora, la forma y el lugar en que se iba a producir el motín. Entonces, Hobbins iría a parar a los calabozos de castigo. Un mes a media ración y sin luz sería una buena diversión para él. ¿Cómo enterarse?

Le era preciso conseguirlo. No sabía cómo, pero lo conseguiría. ¡Aquellos rodillazos en su bajo vientre!

En su litera, Huris, el gorila, dormía. Dormía profundamente, boca arriba, con una mueca estúpida retratada en su rostro simiesco. Tenía la boca abierta de par en par y resoplaba sonoramente.

De pronto, una torva sonrisa se dibujó en sus labios morcilludos. Soñaba que estaba estrangulando a Liddell.

CAPÍTULO VI

A las diez de la noche empezaron a llegar los primeros testigos y periodistas.

A medida que franqueaban la entrada, eran sometidos a un exhaustivo registro, a fin de que no introdujeran armas o cámaras fotográficas. Algunos protestaban por lo que estimaban medida humillante, pero los demás lo comprendían y acataban sin rechistar las órdenes de los vigilantes.

Después del registro eran conducidos a otra habitación un poco más grande, con una mesa y algunas sillas, en donde esperaban. Unos, nerviosos, otros, calmados; pero todos hablando en voz baja y fumando apresuradamente. Los había veteranos de muchas ejecuciones y había quien era la primera que iba a presenciar.

El abogado del reo penetró a las once y media y fue conducido directamente a la celda de su cliente.

A las once y treinta y cinco llegó el doctor Cargyll, quien se dirigió primeramente a la enfermería a fin de tomar un fonendoscopio que se le había olvidado.

Segundos más tarde, llegó una orden de la dirección.

—Cierren las puertas. Ya no entra nadie.

Liddell apareció momentos después en la sala de espera. Eran las once y cuarenta.

—Vengan conmigo, caballeros —dijo, después de concederles un saludo colectivo.

Los presentes se pusieron en pie. Eran una veintena, aproximadamente, casi todos periodistas. También había algunos testigos nombrados por la secretaría del gobernador del Estado.

Salieron al patio grande, brillantemente iluminado por los reflectores instalados en los bordes altos de los Bloques

A y B.

En la torreta del muro de separación, un faro giratorio, funcionaba

sin descanso, enviando continuos dardos de luz en todas direcciones.

Dos hombres se unieron a la comitiva en el patio. Eran Dannison y el ayudante del fiscal, enviado por éste para representarle en el acto de la ejecución.

La procesión cruzó el patio en absoluto silencio. Sólo se oía el leve

«chas-chas»

de las pisadas.

Franquearon la puerta grande. Pasaron al Bloque C. Entraron en la sala donde se presenciaban Las ejecuciones.

El silencio era total. Dentro de aquella estancia hacía un calor agobiante...

Irving se enfrentó con los espectadores.

—Caballeros —dijo serenamente—, les ruego guarden silencio y se abstengan de hacer ningún comentario, especialmente en voz alta. Tengan en cuenta que un hombre va a morir dentro de poco. Para conocimiento de los periodistas, diré que basta ahora, Henderson ha mostrado bastante entereza. Es todo cuanto puedo decirles, caballeros.

Uno de los asistentes levantó el brazo.

—Peterson, del *Daily* —se anunció.

—¿Sí? —murmuró Irving, cortésmente.

—Director, ¿puedo saber si el preso ha dicho o ha hablado algo que pueda interesar a mis lectores?

—No. Su comportamiento ha sido normal y no ha pronunciado ninguna frase que se salga de lo ordinario.

—Westmore está también en una celda de condenado a muerte.

—Lo siento —dijo el joven secamente—. Estamos hablándole Henderson. Westmore queda fuera de toda discusión. ¿Alguna pregunta más?

Otro periodista se levantó. Era Bemiss, del *Tribuno*.

—¿Se ha despedido de su familia?

—Su mujer no ha juzgado oportuno venir a verle. Ignoro los motivos, ya que no quiso decírselo al mensajero que le envié personalmente.

—¿Ha dicho algo respecto a la víctima?

Irving vaciló. Sí, sabía que Henderson había mencionado a la

persona que mató y no de buenas maneras. Pero no podía hacerlo público; la familia del asesinado sufriría más de lo que ya había sufrido.

—Dijo que lo siente —mintió piadosamente. Y como viera que nadie le hacía más preguntas, saludó a los presentes con una inclinación de cabeza y salió de la estancia, seguido de un guardián. El jefe de vigilantes quedó allí, con los espectadores.

Irving subió los escalones de dos en dos. El guardia de la reja de acceso al corredor de celdas les abrió. Pasó al interior y cruzó el pasillo, arrojando una rápida mirada en dirección a Westmore.

Al fondo divisó un pequeño grupo. Además de los dos guardianes que vigilaban constantemente al mencionado, había otros dos de refuerzo, más Wayle y un individuo vestido de negro: el padre Braham.

Irving se acercó al grupo. Estrechó la mano del sacerdote.

—Estuve hablando con él hace unos minutos —murmuró.

—Sí —fue todo lo que dijo el joven. Lanzó una mirada hacia el teléfono. El vigilante Grantland estaba junto al aparato.

Grantland movió silenciosamente la cabeza. Esto quería decir que la Secretaría del gobernador del Estado había permanecido muda.

Irving consultó su reloj. Faltaban diez minutos para las doce.

Miró al condenado. Parecía mantenerse bien, aunque tenía el rostro terroso y se humedecía los labios frecuentemente con la lengua.

Se acercó al teléfono y levantó el auricular. Una voz le contestó al instante desde el extremo de la línea.

—Secretaría del gobernador.

—Habla el director del penal —manifestó el joven—. ¿Alguna novedad?

—No —fue la escueta respuesta que recibió.

—Bien, entonces vamos a proceder a la ejecución. Llamaré cuando se haya realizado.

—Conforme.

Irving colgó. Luego se volvió hacia la celda. Hizo una señal. Uno de los guardianes le abrió la reja.

Franqueó el umbral.

—Henderson —dijo.

El reo se puso en pie. Le temblaba el labio inferior.

—Sí, director.

—El gobernador ha denegado el perdón. Procure ser valiente. Es sólo un momento.

Henderson sacó la lengua y la paseó por los labios.

—Sí, director.

Irving hizo una seña. Dos guardianes se acercaron al preso y le sujetaron las manos a la espalda con unas esposas de acero. Otro sacó unas tijeras y recortó el cuello de la chaqueta del uniforme.

En el pasillo, el padre Braham bisbiseaba una oración con un libro religioso en las manos. Al cuello llevaba una estola morada.

Irving volvió a consultar el reloj. Faltaban cinco minutos.

—Henderson, ¿tiene que decir algo antes de morir? —preguntó.

El reo meneó la cabeza. Irving se dio cuenta de que el valor empezaba a abandonarle.

—Bien, vamos.

Salió de la celda, seguido por el reo y dos guardianes que le llevaban sujeto por los brazos. Wayle y otros dos quedaban muy cerca, dispuestos a intervenir si fuera necesario.

Henderson se detuvo un momento. Miró al sacerdote.

El padre Braham levantó la mano derecha y trazó en el aire la señal de la cruz, Instintivamente. Liddell inclinó la cabeza.

Wayle abrió la puerta que conducía al patíbulo. El *ejecutor* apareció ante el condenado. Éste retrocedió un paso instintivamente.

El verdugo se había puesto unas grandes gafas negras, echándose, aún más el sombrero sobre la frente. En la mano tenía el lazo corredizo y un paño negro.

Rápidamente, antes casi de que se diera cuenta, Henderson fue colocado sobre la trampa, justamente sobre un lugar donde se había trazado en el suelo una cruz con tiza blanca. En guardián le puso unas esposas en los pies.

El verdugo le pasó el lazo por el cuello. Luego le echó un capuchón negro sobre la cabeza, tapándole hasta los hombros. Acto seguido se retiró un paso. Miró al director.

Irving consultó su reloj. Faltaban quince segundos. Debía esperar hasta las doce en punto. Quizá en el último momento...

La voz del condenado sonó de pronto. Se oía deformada por el

capuchón que le cubría la cabeza.

—¿A qué esperan? —chilló frenéticamente.

El segundero cubrió su última fracción en la esfera. Irving movió la mano.

El ejecutor tiró de la palanca. La trampa se abrió y el condenado se precipitó por aquel agujero hacia la eternidad.

Abajo sonó una exclamación colectiva, cuando veintitantas personas vieron aparecer súbitamente un cuerpo humano que quedó suspendido a treinta o cuarenta centímetros del suelo. Primero se oyó el vertiginoso voltear de la polea en su eje y luego un siniestro chasquido, muy fuerte y seco.

El cuerpo de Henderson quedó balanceándose en el aire unos momentos. Sus piernas se convulsionaron durante breves segundos; después empezaron a relajarse.

Los espectadores sudaban copiosamente y no sólo por el asfixiante calor que hacía en aquella sala. El doctor Cargyll se colocó el fonendoscopio, y avanzó hacia el ahorcado.

Desabrochó su uniforme y apoyó el detector sobre su pecho. Estuvo así unos minutos.

Irving había descendido entre tanto al piso inferior. Estaba a pocos pasos del doctor, a la derecha de la primera fila. Sabía que el corazón del ejecutado tardaría aún algún tiempo en detenerse. Conocía casos en que había estado latiendo hasta diez y quince minutos. Un corazón humano no se detiene en el acto a menos que reciba una herida directa.

Pasaron siete u ocho minutos, en medio de un silencio agobiante.

De pronto, el médico se despojó del fonendoscopio y se volvió hacia el joven.

—Director, declaro a este hombre oficialmente muerto.

Irving contestó con una simple inclinación de cabeza.

CAPÍTULO VIII

El director no estaba. Había ido a ver al gobernador, a darle un informe sobre la ejecución y, de paso, a prevenirle sobre sus sospechas acerca de un posible motín en la penitenciaría. Dannison había quedado a cargo del establecimiento durante su ausencia.

Dannison entró en el despacho de Liddell. Cruzó la puerta y cerró con llave a sus espaldas. Después se puso a registrar concienzudamente la mesa.

Estuvo así durante una hora larga. Al terminar, levantó el aparato telefónico y marcó un número.

—¿Alvin?

—El mismo —contestó una voz densa, aceitosa.

—Dannison. Escuche, estoy en el despacho del bastardo.

—¿Y...?

—Le mintió. No tiene ninguna grabadora acoplada al teléfono.

—¿Seguro?

—Positivamente. He revuelto el despacho de arriba abajo.

Sonó una maldición.

—Está bien, Dannison. Me acordaré de usted.

—Gracias, Alvin.

A una milla de distancia, Alvin Karthus colgó pensativamente el teléfono. De modo que aquel hijo de perra le había engañado, haciéndole pasar el gran susto. Bueno, trataría de corresponderle.

Sí, Liddell era un hombre que estorbaba. En el volumen de sus negocios, el suministro de víveres a la penitenciaría no era el mayor, pero si se extendía la noticia de que sus «productos» no eran todo lo genuinos que debieran ser, otros funcionarios podrían sentir la tentación de imitar a Liddell. Hasta ahora, la cosa había ido bien, demasiado bien: mucha arena y poco cemento, por ejemplo; sus sobornos habían sido distribuidos con prodigalidad. Pero también sabía que existía contra él una sorda campaña, hasta ahora latente,

sin muestras de haber aflorado al exterior, aunque en cualquier momento podía estallar con virulencia. Claro que le quedaban otros negocios, pero éstos eran de índole puramente particular y no ejercían ninguna influencia sobre la ciudad y sus munícipes.

No, aquel hombre no podía seguir en la penitenciaría. Ya había tenido también un choque con el *manager* del Hospital Central por la misma causa, choque que no tuvo importancia por la afortunada intervención del concejal encargado de los servicios sanitarios de la ciudad. Pero si el *manager* se enteraba de que Liddell no le pasaba una por alto, se sentiría de nuevo con ganas de imitarle y empezaría a devolverle partidas de artículos alimenticios y de medicinas en las que el precio de las etiquetas había sido alterado maliciosamente. Y esto, Karthus lo sabía muy bien, sería la bola de nieve que luego provocaría el alud bajo el cual podía quedar sepultado irremisiblemente.

Era preciso darle una lección a aquel entremetido. Sí, primero la lección y luego forzarle a dimitir. Contaba con medios para hacerlo, pero aún era pronto para obligarle a ello.

Además, le convenía que Liddell saltase de la dirección de la penitenciaría. Dannison era mucho más acomodaticio. Y, por otra parte, Sam Hobbins no cesaba de enviarle mensaje tras mensaje, acuciándole a obrar.

Sam Hobbins podía resultar peligroso para él si continuaba demasiado tiempo encerrado. Hobbins sabía demasiadas cosas, había tomado parte en demasiados trapicheos suyos, para no dormir él intranquilo por las noches, pensando en que el rufián podía hartarse de su estancia en la cárcel, hartarse de sus promesas, incumplidas hasta entonces, y soltar la lengua. Entonces se vería en un serio compromiso. El fiscal del Distrito le tenía muchas ganas; era otro de los tipos aferrados a una repugnante honradez y se volcaría contra él con toda su fuerza. Y si no lo había hecho hasta entonces, Karthus sabía muy bien a qué se debía, y no a falta de deseos, precisamente.

Pero Hobbins no podría fugarse en tanto Liddell permaneciese al frente de la penitenciaría. Era preciso emplear a un tipo como Dannison, venal y acomodaticio, siempre dispuesto a cumplir sus órdenes. Dannison readmitiría algunos de los vigilantes depuestos y...

Pero, mientras tanto, Liddell tenía que recibir una buena lección.

Karthus alargó su mano izquierda, regordete y velluda, cubierta de resplandecientes anillos. Tocó un interruptor y se inclinó hacia adelante.

—Batt, Coogan, les espero —dijo.

Momentos después, dos hombres entraban en el despacho. Eran dos tipos repelentes, fornidos, con la imagen del vicio y la disipación estampada en sus rostros cosidos a cicatrices; antiguos boxeadores, demasiado malos para enfrentarse noblemente a un rival en el cuadrilátero: valientes únicamente cuando se trataba de golpear a algún indefenso ciudadano remiso en complacer a Karthus.

—Escuchen —dijo—, tengo que encargarles una cosa. Cuidado no se les vaya la mano; se trata solamente de una paliza, no de..., bueno, ustedes ya me entienden, ¿no?

Batt y Coogan asintieron a dúo.

Entonces, Karthus empezó a explicarles lo que quería de ellos.

CAPÍTULO IX

Irving pulso el timbre. Esperó unos momentos.

La puerta se abrió y Mary Ann Winters apareció ante sus ojos.

Durante unos segundos, Irving contempló fijamente a la joven. Estaba sinceramente enamorado de ella y a cada día que transcurría, sentía aumentar más y más el amor que experimentaba por ella.

Mary Ann era una muchacha alta, esbelta, de formas finas y delicadas, aunque no endeble ni delgada en extremo, de tez muy blanca y cabellos oscuros, casi negros. Tenía los ojos claros y los labios muy rojos. Era una muchacha muy bonita, pero ella no había hecho nunca la menor ostentación de su indudable belleza.

Mary Ann sonrió.

—Me alegro de verte, Irving —dijo. Y le ofreció la mejilla.

Irving la besó. Luego se quitó el sombrero y franqueó el umbral.

La joven le condujo hasta una salita de estar, coquetonamente amueblada.

—Te serviré una bebida —dijo.

—Gracias.

Mary Ann preparó de beber. Luego le entregó un vaso y se sentó en el diván, a su lado.

—Esta noche tampoco podré quedarme a cenar contigo, querida —dijo él.

—¿Sucedé algo, Irving?

El joven apretó los labios.

—No. Pero no quiero estar demasiado tiempo fuera del penal.

—Te entregas demasiado a tu labor —murmuró ella—. ¿No crees que podrías descargarte algo en tu jefe de vigilantes?

Irving tomó un trago. Sacudió la cabeza.

—No es de confianza —dijo secamente. Luego dejó el vaso sobre una mesita y, pasando el brazo por los hombros de la muchacha, la

atrajo hacia sí.

Mary Ann se apretujó contra él.

—Anoche, temo que no me porté demasiado bien contigo, Irving.

—Olvídalo, cariño —dijo Irving, cariñosamente—. Quizá no te encontrabas bien. —Y, con cierta intención, añadió—: Como te pasa en los últimos tiempos.

Mary Ann sufrió un fuerte estremecimiento.

—Cosas de las mujeres —dijo—. No me hagas caso, Irving. Lo... lo único que deseo es que me quieras mucho.

El trató de bromear:

—Ese deseo es muy fácil de conceder, querida.

Mary Ann le tomó una mano.

—Estoy nerviosa en los últimos tiempos, Irving. Quisiera que todo hubiera pasado ya y... al mismo tiempo...

—¿Que todo hubiera pasado? ¿A qué te refieres? —preguntó él, muy extrañado.

Ella vaciló un segundo.

—A nuestra boda, naturalmente. ¿Cuándo podremos casarnos?

Irving se dio cuenta de que su prometida le ocultaba algo. En realidad, hacía tiempo que lo sospechaba, aunque hasta el momento no había podido averiguar de qué se trataba. Pero no quería apremiarla, prefería dejar que las cosas discurriesen por su cauce normal. Mary Ann se lo diría por su propia voluntad más adelante... y lo más probable era que se tratase de alguna cosa sin importancia.

—Espera unas semanas, tres o cuatro —dijo—. ¿Te parece mucho?

Ella se hizo un ovillo entre sus brazos.

—Quizá demasiado. Quisiera ser ya tu esposa..., pero comprendo que debes tener tus razones para no hacerlo antes.

—Oh, en realidad no hay ninguna... como no sea que he estado pensando en ocasiones si te gustará vivir en el pabellón del director de la penitenciaría.

Mary Ann se estremeció de nuevo. Irving lo notó.

—Iré donde tú vayas, amor mío —dijo. Y sonrió—: Cualquier sitio es bueno para vivir, estando a tu lado.

—Irving se inclinó para besarla. Ella le rodeó el cuello con los brazos.

Al cabo de unos momentos, Irving rompió el encanto, poniéndose en pie.

—Es tarde ya —dijo—. Tengo que irme.

—¿Vendrás mañana? —preguntó Mary Aun coa cierta ansiedad en la voz.

—Trataré de acudir, aunque me temo que va a ser difícil.

—¿Por qué? ¿Hay dificultades en la prisión?

Irving encendió un cigarrillo.

—Se está planeando un motín, pero no sé dónde, cómo ni cuándo. Sin embargo, es obvio que estallará.

—¡Dios mío! ¿Es cierto lo que dices?

—Desgraciadamente, sí. Los síntomas son inconfundibles, querida.

Mary Ann le asió por las solapas del traje.

—No... no quisiera influir en ti, querido; pero ¿por qué no dejas el cargo? Eres un buen abogado, en cierta ocasión fuiste asistente del fiscal. Podrías encontrar una buena colocación...

La voz murió en los labios de la joven al ver la expresión del rostro de Irving.

—Lo siento —murmuró ira poco después, apoyando la cabeza en su pecho, sin soltarle las solapas—. Olvidé que hay ciertas cosas que son para ti de primordial importancia. Te gusta corregir los abusos y hacer que la gente vaya por el camino recto. No... no quisiera apartarte del cumplimiento de tu deber, pero...

Irving la besó tiernamente.

—Te agradezco mucho lo que acabas de decir, querida. Por el momento, sin embargo, debes resignarte a tener un poco de paciencia. Quizá más adelante pueda complacerte.

—Lo que tú hagas estará siempre bien hecho, Irving —murmuró ella.

Se dirigieron hacia la puerta. Allí volvieron a besarse nuevamente, después de lo cual, Irving salió de la casa.

Ésta se hallaba en las afueras de la ciudad. Era de una planta, rodeada de un pequeño jardincito, que, te atravesaba por medio de una senda de gravilla antes de llegar a la acera.

Irving cruzó el jardín y abrió la puertecita de madera que servía para franquear la valla del jardín. Una vez allí se volvió y miró hacia la casa.

Mary Ann estaba tras la ventana iluminada y le saludó, agitando la mano. El joven correspondió en la misma forma. Luego se volvió y encontróse con que le faltaba su automóvil.

Frunció el ceño. En aquel lado de la calle había muchas casitas iguales, pero él estaba seguro de haber detenido el coche en el sitio correcto.

Podía haberse confundido..., pero no; recordaba haber cruzado rectamente la acera. ¿Le habrían robado el auto? Quizá alguna pandilla de alegres jovenzuelos.

De pronto divisó un chispazo de luz a unos veinte o treinta metros de distancia, en el oscuro final de la calle. Atraído por la curiosidad, decidió acercarse.

Poco más adelante, descubrió que se trataba de su propio coche. «Bueno, pues entonces es verdad que me paré allí», se dijo, sin extrañarse demasiado por ello. ¡Tenía tan ocupada la mente en los últimos tiempos!

Llegó al coche y abrió la portezuela. En aquel momento, dos pies salieron del interior con terrorífica violencia, derribándole al suelo.

Una sombra oscura se le arrojó encima, pateándole con furia. Antes de que pudiera aprestarse a la defensa, recibió dos fuertes golpes en el costado.

Dominando su dolor y su sorpresa, giró velozmente sobre sí mismo, para eludir los feroces ataques de que era objeto. Vagamente se dio cuenta de que eran dos los individuos que le atacaban, aunque ni remotamente se le alcanzaron los motivos por los cuales era golpeado.



Logró incorporarse a medias. Un puño se estrelló contra su mandíbula con terrible fuerza. Cayó nuevamente de espaldas, medio atentado, viendo multiplicarse las estrellas en torno suyo. Otro pie le golpeó en el muslo, causándole un dolor intensísimo.

Unos brazos robustos le levantaron a la fuerza. Un puño se le

clavó en el estómago, haciéndole sentir una fortísima náusea. Los nudillos de una mano se le clavaron en el pómulo derecho, rajádoselo. Sintió en su boca el salino regusto de la sangre.

Una rodilla se le clavó en el bajo vientre. El golpe se repitió por dos veces. Los individuos que le golpeaban eran fuertes, robustos, y actuaban en completo silencio. Sólo se oía el jadeo de sus respiraciones y el sordo chasquido de los golpes.

Trató de defenderse, pero sus fuerzas habían sido mermadas ya con la primera embestida. Lo único que podía hacer era protegerse la cara con los brazos, pero uno de los forajidos dio la vuelta y, agarrándole por ellos, le inmovilizó, a la vez que le clavaba una rodilla en la espalda.

El otro rufián empezó a martillearle el estómago y la cara alternativamente. Una roja agonía de dolor invadió su cuerpo. Los golpes resonaban en su cerebro con sordo bataneo. Sintió que le corría por la barbilla un líquido caliente y viscoso.

Y, de pronto, todo cuanto le rodeaba dejó de existir para él. Las estrellas desaparecieron bruscamente, como si una mano gigantesca hubiera pulsado el interruptor general del firmamento.

—Listo, Coogan —dijo Batt, cuando sintió que el cuerpo que sostenían entre los dos con las manos se aflojaba por completo.

—Un momento, sólo el último.

Batt agarró por los cabellos la cabeza del joven, alzándola. Luego echó el brazo hacia atrás y estrelló el puño contra los labios de Irving con toda su fuerza.

—Vámonos —dijo.

Coogan soltó el cuerpo de Irving, que cayó inerte sobre la acera. A continuación, los dos rufianes desaparecieron en la oscuridad.

CAPÍTULO X

Mary Ann oyó el zumbador de la puerta. Acababa de acostarse y le extrañó que alguien llamase en horas tan intempestivas.

Echó las sábanas a un lado y se sentó al borde del lecho. Introdujo sus pies en unas zapatillas y, luego, se puso una bata, cuyo cordón se ató mientras se dirigía hacia la puerta.

Encendió la luz del vestíbulo y abrió. Un grito de espanto se escapó al instante de sus labios.

Irving estaba medio arrodillado en el umbral, con la pechera de la camisa completamente ensangrentada y el rostro tumefacto por los golpes recibidos. Tenía un pómulo rajado, los labios partidos y un ojo completamente hinchado.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha, temiblemente alarmada—. ¿Qué te ha sucedido?

Pero Irving apenas si podía hablar. Los labios tumefactos y rajados le dolían espantosamente y le resultaba muy penoso articular una sílaba.

—Por... favor... Ayúdame...

La muchacha se inclinó, cogiéndole por debajo de los brazos. Con gran dificultad, le ayudó a poderse en pie, conduciéndolo luego hasta el diván de la sala, en donde le obligó a tenderse.

Lo primero que hizo fue quitarle la chaqueta y la camisa. Después se dirigió al baño y llenó una palangana con agua. Buscó algodón y desinfectantes y regresó a la sala.

Después dirigióse a la cocina. Abriendo el refrigerador, llenó una vasija con, cubitos de hielo, los que vertió en el agua de la palangana para enfriarla. A continuación y con una toalla, empezó a lavar el magullado rostro de su prometido.

El contacto con el agua fría renovó los dolores que Irving sentía en su cara. Se agitó un momento, pero luego procuró dominarse, sabiendo que el agua helada cortaría rápidamente la efusión de

sangre.

El agua de la palangana enrojeció prontamente. Mary Ann hubo de renovarla dos veces, antes de que el rostro de Irving estuviera completamente limpio.

Luego desinfectó las heridas con una barra hemostática. Le dio un par de aspirinas y a continuación le puso un paño empapado en agua fría sobre el rostro.

—Espera un momento —dijo—. Te traeré café.

Irving contestó con un gruñido. El cuerpo también le dolía, pero sabía que estos dolores pasarían pronto y, además, no se harían visibles. Sentía un cierto dolor al respirar en el costado izquierdo, lo cual le indicó una posible fisura en alguna costilla. Sería cuestión de decir al doctor Cargyll que le colocase un vendaje rígido en el torso durante unos cuantos días.

Mary Ann volvió poco después con una bandeja cargada. Irving se quitó el paño de la cara y trató de incorporarse un poco.

—No te muevas, por favor —dijo ella.

Vertió café en una taza, le echó un par de terrones de azúcar y luego empezó a dárselo a cucharadas. Al terminar, Irving se notó considerablemente aliviado.

—¿Qué te ha sucedido? —preguntó la muchacha al cabo de un buen rato.

—Me atacaron dos hombres —dijo él con gran dificultad.

—¿Quiénes eran?

—No... lo sé. No pude verles las caras y, además, creo que aunque hubiese podido, tampoco les habría conocido.

—Pero..., ¿por qué, Irving? ¿Qué motivos les diste para que te atacasen tan salvajemente?

El joven se había hecho una composición de lugar. Pero no podía demostrarlo, aunque hartó sabía de quién había partido aquel salvaje ataque de que había sido objeto. Sin embargo, no podía ir al despacho de Karthus a devolverle personalmente la paliza; lo de menos eran los gorilas que siempre tenía revoloteando a su alrededor. Hubiera sido un descrédito para él presentarse allá y organizar un escándalo semejante. Acaso Karthus esperaba una cosa por el estilo, para terminar de hundirlo.

No, no lo haría. Se limitaría a seguir su camino adelante, sin dejarse asustar por intimidaciones de ningún género, ya fuesen

físicas o morales. Karthus estaba muy equivocado si creía que una simple paliza le iba a apartar del cumplimiento de su deber.

Después del café, volvió a ponerse más compresas de agua fría en el rostro. Mary Ann le hizo numerosas preguntas al respecto, pero él contestó a todas con frases elusivas.

—Quizá algún exconvicto que quería desahogarse conmigo —dijo.

Y ella pareció quedar convencida con la explicación.

Pasaron gran rato de la noche tratando de horrar las huellas de los golpes en su rostro. La hinchazón de los labios y del ojo se atenuó notablemente, pero el corte del pómulos se notaría durante algunos días.

A la madrugada, el sueño le rindió.

Despertó bien entrada la mañana. El cuerpo le dolía horriblemente y tenía la mente turbia. No obstante, pudo divisar en una silla su chaqueta y la camisa, ya limpias y planchadas.

Mary Ann dormía en un sillón próximo. Irving sonrió con ternura. Era evidente que la muchacha estuvo velando su sueño, pero a última hora, el cansancio la había rendido.

Sin hacer el menor ruido, se puso en pie, sintiendo que le crujían todas las articulaciones. Pisando cuidadosamente, tomó la chaqueta y la camisa, encaminándose al cuarto de baño.

Se miró al espejo. El ojo izquierdo estaba violáceo y la grieta del pómulos se notaba bastante. Pero en general, su aspecto podía pasar.

Un pensamiento humorístico acudió a su mente.

—Si estuviese casado, podría achacar estos golpes a mi mujer. Pero como todavía sigo soltero, ¿a quién le voy a echar las culpas?

Se aseó, vistiéndose a continuación. Luego regresó a la sala.

Mary Ann dormía aún. Se inclinó sobre ella y la besó suavemente en los labios.

La muchacha despertó al contacto. Se puso en pie de un salto.

—¡Irving! ¿Te vas? —preguntó al verlo completamente vestido.

—Claro. Tengo que regresar al penal.

Ella se le abrazó estrechamente.

—Tengo miedo, Irving, mucho miedo. ¿Por qué no abandonas el cargo?

—Lo haré algún día, pero no ahora. Querida, quisiera que comprendieses las cosas. Tengo enemigos, más fuera que dentro de

la penitenciaría. Éstos son los que quieren que me vaya, para mangonear a su gusto, para prevaricar y corromper a los demás. Y no puedo hacerlo en estos momentos, ¿comprendes? Sería una cobardía por mi parte, y... estoy seguro de que nunca te gustaría tener a un cobarde por esposo. ¿Estoy en lo cierto?

La muchacha se estremeció con fuerza.

—Es cierto, Irving. Pero ¡te quiero tanto! Además, ¿quién sabe si algún día no te causarán un daño mucho peor?

—No lo harán, no se atreverán a ello. Sería un escándalo demasiado gordo, que les perjudicaría notablemente.

—Pero si te matan, ¡qué me importa a mí el escándalo! ¿Qué me importa lo que luego les suceda a ellos si tú llegas a faltarme?

Irving rozó con sus labios los de la muchacha.

—Repito que no debes sentir motivos de alarma, cariño. Otra vez procuraré cuidarme un poco mejor. En esta ocasión, lo confieso francamente, me han cogido desprevenido. No sucederá así otra vez, te lo aseguro. Y ahora, excúsame, pero ya es demasiado tarde.

—¿Vendrás a la noche? —preguntó ella anhelosamente.

—No lo sé. Te llamaré por teléfono. ¡Adiós, querida!

La besó con fuerza y luego salió.

CAPÍTULO XI

Seguía haciendo calor, un calor bochornoso, aplastante. El esfuerzo de los ventiladores era inútil.

Llegó a su oficina a media mañana. Despachó con Humble, sin encontrar esta vez ninguna pega en los víveres recibidos. Sanders, el jefe de talleres, le informó de la producción de la última semana. El censor de la correspondencia le entregó unas cartas sospechosas, a fin de que les diera el último vistazo, aprobador o denegatorio.

También, despachó con Dannison. El jefe de vigilantes se mantuvo cortés, aunque Irving creyó captar en su rostro una levísima expresión de alegría.

«Karthus te ha dicho lo que me había pasado, pequeño canalla», pensó.

Quiso saber cómo estaba el ambiente.

—Sobrecargado, director —contestó Dannison sin vacilar.

El joven se levantó y examinó un gran plano mural de la penitenciaría.

Dios unos cuantos nombres de guardianes.

—A éstos les asignará usted servicio de patio. Son duros y hábiles. Y en los patios necesitamos ahora gente que sea firme, pero que, al mismo tiempo, sepa manejar a los presos con diplomacia. Nada de rudezas innecesarias, pero tampoco blanduras perjudiciales. ¿Me ha comprendido?

—Sí, señor.

—¿Ha visto usted a Westmore? ¿Cómo se encuentra?

—Bastante abatido después de lo de hace dos noches, señor.

—Bien. Conviene tenerlo bajo continua vigilancia en todo momento. No olvide que ahora está solo en su celda de condenado a muerte y que se reunía con Henderson una hora diaria. Le falta su compañero de distracción y esto siempre causa impacto en el ánimo de un reo, ¿estamos? Parece, un muchacho sensato y equilibrado,

pero nunca se sabe lo que ocurre dentro de una persona hasta que ésta ha actuado. Y si atentase contra su vida, tendríamos un disgusto de los gordos.

—Muy bien, señor; así lo haremos.

—Otra cosa: ¿qué sabe de Hobbins y sus cuatro compinches?

Hobbins y sus cuatro compinches estaban en aquel momento en el patio, charlando distraídamente. El primero, sobre todo, no quitaba ojo de las ventanas del despacho del director, que podían verse con toda claridad desde aquel sitio.

—Allí está ese maldito canalla —masculló coa un rechinamiento de dientes.

—Déjalo —murmuró Vannah—. Para poco; dentro de nada lo habrán botado de su sitio.

—¿Tienes alguna noticia de tu amigo? —preguntó «El Liebre».

—No. Espero tenerlas entre hoy o mañana. El me dirá el día.

—¿Y la hora?

—Tendremos que estudiar cuál es la mejor. Posiblemente, la de la comida.

—Ése es un buen pretexto —aprobó «El Dandy»—. Podemos quejarnos de la bazofia que nos dan y...

—¡Cuidado! —dijo Huris de pronto—. «Él Orejas» anda merodeando por ahí.

—Ese pequeño hijo de perra —masculló Hobbins, mirando la magra silueta del aludido, situado a unos diez o doce metros de distancia—. En cuanto empiece el motín, le voy a pegar el último susto.

—Ten cuidado, no te comprometas demasiado. Puedes encontrarte en la Casa de los Muertos antes de que te des cuenta —le recomendó Vannah.

Hobbins se estremeció. Luego, sus labios se curvaron en una diabólica sonrisa.

—En un jaleo de éstos, vete a saber quién de mil doscientos le ha retorcido el pescuezo —dijo siniestramente.

Huris lanzó una blasfemia. Se quejaba del calor.

«El Dandy» se tumbó en el suelo. Colocóse el gorro de penado sobre los ojos y apoyó la cabeza en la nuca.

Casi al instante, sintió contra su costado el contacto de un pie humano.

—¡Arriba, tú! —le increpó una voz enérgica—. Ésas no son formas de estar en el patio. Y vosotros, circular por ahí un rato. Ya estoy cansado de vuestra asamblea. ¡Largo, gentuza!

Hobbins y los suyos se pusieron en pie y se alejaron remoloneando. Sonaron algunas risitas; había presos que se alegraban del sofión que les había largado el guardián.

Hobbins se puso a pasear con otros conocidos, charlando de ternas sin trascendencia... Alguien contó un chiste de subido color y Hobbins rió con todas sus fuerzas.

Pero la mente de Hobbins estaba muy ocupada con el motín, con la forma de planearlo lo mejor posible, para que se organizara el mayor jaleo con el mínimo riesgo. Esto era muy importante: el mínimo riesgo.

Hobbins no era tonto. Sabía que «El Roca» le tenía fichado y que sólo esperaba el menor desliz por su parte para encerrarlo en los calabozos durante una buena temporada. Y aún había más: si lo clasificaba como incorregible, acabaría en Alcatraz. Y si en aquel penal se estaba mal, en Alcatraz no se dijera. En donde se hallaba ahora, tenía una remota posibilidad de fugarse, posibilidad que casi se convertiría en certidumbre si Dannison cazaba el puesto de director. Dannison le debía mucho a su amigo Karthus y se mostraría servicial y complaciente con él. Pero si fallaba el motín, él se veía en Alcatraz de por vida, y Hobbins sabía de sobra que de Alcatraz ya no saldría jamás.

Ya tenía planeados casi todos los detalles del motín. Faltaba el pretexto, y la comida era uno tan bueno como otro cualquiera. Pero él no tenía que figurar como cabecilla en ningún momento.

¿Quién? «El *Dandy*» mismo. O Huris, o Vannah, cualquiera servía tan bien como él para el caso. «El Liebre», no; «El Liebre» tenía poca figura física y, en ciertos aspectos, la presencia física imponía a los hipotéticos sublevados. Sonrió; él se limitaría a tirar de los cordones de las marionetas.

Y «El Roca» saltaría de su puesto. Dannison lo ocuparía después. —Karthus se volcaría en favor del jefe de vigilantes—, y Dannison haría lo que su buen amigo Karthus le ordenase.

¡Su buen amigo Karthus!

Los dientes de Hobbins chirriaron. Allí estaba él, encerrado por un montón de años, prácticamente para toda la vida, en tanto que el

hijo de perra de Alvin Karthus se forraba de dinero. Y buen *whisky* y hermosas mujeres. El, sólo tenía uniformes grises a su alrededor. «Porque, vamos a ver —pensaba—, ¿quién diablos ha levantado a Karthus hasta donde se encuentra, sino yo? Por ahora he callado, pero ya me están doliendo los riñones de aguantar a estos bastardos del uniforme azul, y si ese Karthus no me echa una mano, soltaré la lengua y...».

Tales eran los poco agradables pensamientos de Hobbins mientras paseaba en el patio, fingiendo atender a la charla de sus compañeros. Además, tenía una amplia experiencia carcelaria y sabía que los ánimos estaban excitados, cargados de electricidad, acumulada en los últimos tiempos. Era preciso descargar aquella tensión, ¿y de qué mejor forma que organizando un motín?

Por supuesto, sin sangre, un motín «blando», si así podía llamársele. Convenía armar mucho ruido, pero sin derramamiento de sangre. De lo contrario, corrían el riesgo de que enviasen un tipo mucho más duro que Liddell, y entonces, ¡adiós sus esperanzas!

Lo que Hobbins ignoraba era que había otros presos que también estaban esperando el motín para hacer su agosto. Y su agosto consistía en aprovechar la ocasión para intentar la fuga.

Eran tres: Jay Webster, número 10 881;
Trask Goldberger, número 11 409,
y Lance Grimsby, número 9802, todos ellos también con un buen montón de años en sus costillas.

Webster, Goldberger y Grimsby tenían su propio servicio de información y habían captado la onda del motín que preparaban Hobbins y sus compinches. Estaban esperando la ocasión para aprovecharse de ella.

—¿Y cómo nos las arreglaremos para largarnos de aquí? —había preguntado Goldberger cuando Webster le hizo partícipe de sus planes.

—Rehenes —había contestado secamente su compinche.

—¿Quién? —preguntó Grimsby.

—Al que le toque, le toque. Eso depende.

—Pero necesitamos armas —objetó Goldberger.

—Tengo un plan que no puede fallar. —Webster lo explicó y

luego añadió—: La dificultad estriba en alcanzar la torreta que separa el patio grande del otro, el del Bloque C. Allí hay siempre dos metralletas.

—Necesitaríamos bloquear la puerta —sugirió Goldberger.

—Yo lo arreglaré, descuida. Es más fácil de lo que parece.

—¿Y cuando tengamos rehenes?

—A la salida. El director tiene un coche, ¿no?

Si te llevas uno o dos guardias encañonados con sus metralletas, los demás se estarán quietos. Vosotros dejad que esos imbéciles armen el follón; nosotros seremos los que saquemos la verdadera tajada. Además, tengo un par de amigos que nos echarán una mano.

—¿Quiénes son? —inquirió Goldberger.

—Ryan y «La Rubia».

—¿Los ordenanzas de «La Jaula»?

«La Jaula» era el pabellón de los dementes.

—Sí. Allí hay solamente un guardián. Le reducirán, le quitarán las llaves y abrirán a los locos. Cuando suelten a quince o veinte chiflados por el patio, verás tú la que se organiza.

Grimsby se echó a reír. La idea de ver a un puñado de dementes enfurecidos y sueltas a su albedrío por el patio, le hacía desternillarse de risa.

—Y los del c también saldrán.

Los incorregibles harían estragos. ¿Qué más podían pedir?

Goldberger se echó a reír. Estaba bien claro. Otros armarían el motín, pero sólo ellos serían los que sacasen tajada. Una acción rápida y contundente podría coger por sorpresa a las autoridades del penal y permitirles llegar a la salida antes de que el director y sus subordinados tuviesen tiempo de reaccionar. Y Hobbins y los suyos cargarían con todo el mochuelo, en tanto que ellos sacaban el verdadero provecho.

—Don Miller está en los talleres. Ya sabéis que en el lado oeste hay una puerta que comunica con la cochera. Miller se encargará de inutilizar la cerradura.

El plan era perfecto. No podía fallar.

Posiblemente, si Hobbins hubiera conocido las intenciones de Webster y sus dos compinches, se hubiera abstenido de actuar.

Para Hobbins, la vida humana no tenía más importancia que la que podía concederle a él alguna ventaja. Por eso, en aquella

ocasión, no quería efusión de sangre. Su fuga iba a ser más cómoda y menos arriesgada que la que planeaban Webster y sus dos amigos. En cambio, a éstos les importaba muy poco lo que pudiera suceder una vez tuviesen en su poder las dos ametralladoras que había en la torreta de la tapia de separación. Dos armas como aquéllas eran la mejor llave para abrirse paso a cualquier puerta, por bien cerrada que estuviese.

CAPÍTULO XII

Aquella misma tarde, Irving Liddell recibió una visita inesperada.

Conocía a Alvin Karthus, pero solamente de vista; nunca, hasta aquel momento, tuvo el menor trato con él, al menos personalmente, ya que habían hablado por teléfono en un par de ocasiones. Por ello se sintió grandemente sorprendido cuando su secretario le anunció la visita del prominente personaje.

Karthus penetró en su despacho derramando sonrisas. Estrechó la mano del joven y luego se sentó en un sillón, retrepándose con toda comodidad.

Karthus vestía bien, un traje a medida de trescientos dólares, azul con una fina rayita blanca; camisa de cincuenta y corbata, pintada a mano, de cuarenta. En la solapa izquierda llevaba un fragante clavel blanco de gran tamaño, cuyo aroma aspiraba con frecuencia con gesto afectado.

Era gordo, seboso, casi calvo, y si su rostro parecía blando, en cambio sus ojos tenían la dureza del diamante y casi su misma incolora transparencia. Sabía reír cuando convenía y era forzoso convenir en que entonces sabía hacerse atractivo para quienes le rodeaban.

Pero su sonrisa desapareció de inmediato apenas Liddell y él hubieron quedado solos en el despacho.

—Director —manifestó sin preámbulos— usted no me gusta ni me conviene al frente de esta penitenciaría.

Irving le miró sin pestañear, dominando el asombro que le causaban las palabras de su oponente. Había esperado alguna finta, algún amago por parte de Karthus antes de entrar en materia, pero no se imaginó siquiera que el rufián se lanzase a fondo desde el primer asalto.

—Hay por lo menos mil doscientas personas más que comparten,

su opinión, señor Karthus —dijo fríamente. Y señaló con el pulgar hacia la ventana que tenía a sus espaldas, a través de la cual podía verse el patio atestado de grises uniformes.

—Lo sé. Pero ninguno de ellos dispone de mis medios, director.

—¿A qué medios se refiere usted?

—A los que voy a emplear para hacerle dimitir antes de veinticuatro horas.

Esta vez, Irving no pudo contener un respingo.

Karthus lo observó y sonrió complacido. También estaba muy complacido por las huellas que se veían en el rostro del hombre tan odiado que tenía frente a sí, de aquel hombre que no hacía otra cosa que rechazarle partida tras partida de alimentos deteriorados y en malas condiciones. La paliza, claro, era cosa personal; harto sabía que Liddell no era hombre que se dejase intimidar por golpe más o menos. Y, además, muy capaz de devolverlos, cosa que no había podido hacer la noche anterior a causa de la sorpresa. Pero si otra vez enviaba a sus esbirros, era muy posible que se los devolviesen en una ambulancia. No, con una vez ya estaba bien.

Irving se recuperó prontamente.

—Ya sé que le estorbo, Karthus. A usted, a Dannison, al doctor Cargyll... y a un granuja y asesino llamado Hobbins, ¿no es cierto?

Karthus acusó el golpe.

—Admitámoslo —dijo—. Pero usted no puede probar nada. Su grabadora no existe. —Pero se llevó un buen susto, ¿verdad?—. Irving sonrió placenteramente.

El rostro de Karthus se deformó por la rabia. Luego volvió a tomar de nuevo su expresión de dureza.

—Como dije antes, director, le doy veinticuatro horas para que dimita. Busque el pretexto que mejor le parezca, usted tiene inteligencia para encontrar uno que satisfaga al público. Pero para mañana a estas horas, quiero leer en los periódicos la noticia de su dimisión.

Irving se acarició la mandíbula pensativamente.

—De usted, Karthus, entre otras cosas, sé que es un canallesco chantajista que extorsiona a muchas personas, aprovechándose de sus debilidades y flaquezas. Pero que yo recuerde, no he cometido ninguna falta que usted pueda airear para forzarme a la dimisión.

Karthus sonrió perversamente.

—Usted, no, desde luego; pero sí una persona a la cual aprecia mucho, director.

El cuerpo del joven se puso rígido en el acto.

—¿Qué es lo que trata usted de insinuar, maldito canalla?

—Poco a poco, director. Le recomiendo modere su lenguaje —dijo Karthus ásperamente—. No me insulte más o, con dimisión o sin ella, haré público lo que a usted no le gustaría se ventilase en las columnas de los diarios.

—Explíquese de una vez, Karthus —dijo Irving, tratando de dominarse—. Pero pruebe lo que dice o, de lo contrario, le haré pedazos con mis propias manos y aquí mismo, ¿me ha entendido?

Karthus palideció ligeramente. Estaba blando y no servía para una pelea, lo sabía. En cambio, su oponente tenía diez o doce años menos que él, los músculos duros y el ánimo irritado por la paliza de la noche anterior.

Pero sabía que lo que iba a decir era cierto y esto, aunque para un fin bastardo, le infundía cierta fuerza moral.

—¿Ha oído usted hablar de un tal Tony Westmore? —preguntó.

—Sí. Está condenado a muerte.

Irving se preguntó por qué el rufián citaba a Westmore. Un oscuro presentimiento atenazó di pronto su corazón.

—Westmore —siguió Karthus—, tiene una hermana. Una hermana muy linda y honesta. Se llama Mary Ann... aunque en los últimos tiempos no usaba ese apellido, sino otro que empieza con la misma inicial.

—¡Winters! —exclamó Irving sin poder contenerse.

—Justamente —replicó el rufián con plácido acento—. Para evitarse la vergüenza pública, la chica cambió de apellido. Es suyo, nadie se lo puede discutir, porque es el de su madre. Pero el legal es el de Westmore y eso no lo sabe nadie en este momento... excepto los interesados: Usted, yo y los dos hermanos. ¿Qué le parecería si mañana publicasen los periódicos la noticia?

Una vena se puso a latir de pronto en la frente de Irving.

—Ésa es una inmundicia —respondió.

Karthus se echó a reír.

—¿Mentira? Vamos, vamos, director, no me suponga a mí tan ingenuo como para no poder probar esa cosa semejante. ¿Por qué no va a ver al reo y se lo pregunta directamente?

—Y será capaz de hacer que los periódicos lo publiquen —dijo el joven con rabia. Presentía que Karthus había dicho la verdad. ¿Por qué no se había franqueado Mary Ann con él?

Ahora comprendía sus accesos de tristeza, sus llantos inexplicables, su depresión casi continua. Pero... él la conocía desde antes de que Westmore entrase en la cárcel y Mary Ann ya se hacía llamar Winters entonces. ¿Por qué?, era la pregunta fatídica que bailoteaba una enloquecida danza en su acalorada mente.

Karthus se puso en pie. Recogió su sombrero.

—Mañana a las cinco de la tarde —fue todo lo que dijo. Y salió del despacho en silencio.

Irving se puso en pie. Acercóse a la ventana y apoyó la frente ardorosa en el vidrio. Miró, sin ver, la espesa masa de convictos que pululaban por el patio.

Le dolía la noticia que acababa de recibir. Pero no porque Mary Ann fuese la hermana de un condenado a muerte, sino porque no había tenido la suficiente confianza para decírselo. ¿Por qué no le había hablado? ¿Por qué no había confiado en él? Esto era lo que le dolía. Lo demás... Conocía a Mary Ann lo suficiente para saber que no tuvo arte ni parte en las tropelías de su hermano. Que ella tuviese la desgracia de ser hermana de un reo de muerte, para Irving carecía de importancia. Lo doloroso era el ocultamiento de la verdad por parte de la mujer que amaba.

Y, ¿cómo se había enterado Karthus de un detalle semejante? Claro que a tipos como aquel rufián no les faltaba nunca información de cuánto necesitaban para el logro de sus turbios propósitos. ¿Qué importaba la forma en que Karthus había adquirido la información, si la tenía?

No obstante, albergó una remotísima esperanza de que el granuja le hubiese mentido. Quizá quería intimidarle solamente. Pero, en su interior, estaba convencido de que Mary Ann y el condenado a muerte eran hermanos.

¿Cómo comprobarlo sin temor a errar, sin tener que arrancarle a ella la verdad?

De pronto se le ocurrió un medio. Sí, había una forma segura de saberlo.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Wayle, el teniente de guardianes.

—Director...

—Me alegro de que venga, Wayle —dijo el joven—. Me acompañará a la Casa de los Muertos. Quiero ver a Westmore un momento.

—Tenía que decirle algo, director.

—Me lo contará por el camino, Wayle. Vamos.

Salieron del despacho y llegaron al rellano inferior, en el túnel de acceso, que conducía de la calle al patio grande y que estaba defendido por tres sólidas puertas enverjadas, blindadas además la primera y la tercera. Ello formaba dos espacios, en cada uno de los cuales había un vigilante custodiando las puertas.

Uno de ellos se encargaba de la número dos y tres, es decir, la central y la que conducía ya al gran patio. En el segundo espacio había otra puerta, además, la que conducía a los talleres, aparte de la que ellos habían utilizado, que daba entrada a un pasillo por el cual se pasaba a la enfermería.

Salieron al segundo espacio. El vigilante cerró la puerta que acababan de franquear y miró al joven inquisitivamente.

—Vamos a entrar, Flanagan —dijo Irving.

—Sí, señor —contestó el guardián. Tocó un timbre tres veces.

Un claxon atronó el gran palio. Un millar de rostros se volvieron instantáneamente hacia la enorme puerta blindada que, a otro impulso eléctrico de una palanca manejada por Flanagan, empezó a deslizarse a un lado.

Irving y Wayle pasaron al patio grande. La puerta blindada se cerró en el acto a sus espaldas. Los toques de claxon servían para avisar la presencia del director en el patio.

Irving y su acompañante empezaron a andar. Caminaban rectos, erguidos, rígidos, sin mirar a derecha ni a izquierda. Los penados se apartaban a su paso, en silencio. Las conversaciones habían cesado casi del todo.

El gran patio tenía una longitud superior a los doscientos metros. Irving y Wayle recorrieron aquel espacio en poco tiempo. Pronto llegaron a la otra puerta blindada.

De pronto, un preso se les atravesó en el camino. O no se quiso quitar de donde se hallaba.

Parker Vannah estaba quieto, a pocos pasos del gran portón de acero, sobre el cual había una torreta de vigilancia. El guardia de

turno en la misma se encontraba junto a la barandilla del pequeño paseo encementado, adherido al borde de la tapia, contemplando la escena con curiosidad.

—Apártate, Parker —dijo Wayle.

—Un momento —dijo el convicto—. Antes quiero hablar con el director.

—Para hablar con el señor Liddell tienes que solicitarlo en forma regular, ya lo sabes. Éste no es el lugar ni el momento más adecuado, conque, ¡largo!

—Quieto, Wayle —dijo Irving suavemente—. ¿Qué es lo que desea usted de mí, Vannah?

—Estoy descontento del trato que se me da aquí, director —dijo el preso en tono quejumbroso, desmentido por su cínica sonrisa.

—¿Sí? —dijo Irving, enarcando las cejas.

—Es un fresco, director —terminó Wayle—. No le haga caso, señor.

Irving extendió una mano.

—Dejemos que se explique. ¿Qué le sucede, Vannah?

—Deseo que se me conceda una visita más. Mi pobre madre...

Irving se quedó estupefacto. Conocía muy bien los antecedentes de Vannah y sabía que le importaba muy poco que su madre se muriese de hambre. ¿A qué venía ahora aquella insólita petición?

¿Una prueba de fuerza?, pensó. Vannah no recibía visitas ni de su esposa, o la que aseguraba serlo.

—¿Por qué metía ahora a su madre en el jaleo?

—El reglamento no permite más que dos visitas al mes, Vannah.

—Ya lo sé, director, pero quisiera que en mi caso se hiciera una excepción. Mi madre vive fuera de la ciudad y no puede venir siempre que quisiera. Me gustaría que usted lo comprendiese, director.

—Comprenderlo, lo comprendo perfectamente —respondió Irving—. En todo caso, si lo que dice es cierto, escriba a su madre y que venga a verme al despacho. Entonces veré lo que puedo hacer en su favor, Vannah. ¿Algo más?

El penado había esperado una rotunda negativa por parte de Irving. Por supuesto, no era aquél el momento de iniciar el motín, pero sí se hubiera basado parcialmente en la negativa para hacer hincapié luego entre sus compañeros de reclusión. La respuesta de

Irving lo había desarmado totalmente.

—Gracias, director —respondió, sonriendo con la expresión de una hiena.

—Y ahora que ya tienes la contestación, apártate a un lado —dijo Wayle enérgicamente. Movi6 la mano y alz6 la voz—: ¡Abra, Hills!

—Sí, señor.

El guardia se metió en la torreta y manejó el mando eléctrico de apertura de la puerta, la cual se deslizó silenciosamente a través de sus bien engrasabas roldanas. Irving y Wayle cruzaron el umbral.

Irving se detuvo a un paso de la puerta, mientras ésta volvía a su sitio. Miró hacia arriba.

A su derecha estaba la escalera de hierro que conducía a la torreta. Directamente encima de su cabeza tenía el pasadizo de cemento, de unos quince metros de largo, por donde se paseaba el guardia de servicio en aquel puesto. Aquella escalera estaba montada al aire, sin otra protección que un sencillo pasamanos de hierro. Había pedido dinero para construir una de caracol, dentro de un tubo de cemento, con puerta abajo que sólo pudiera abrirse desde el interior, pero la Comisión Estatal de Prisiones se lo había denegado. La mano de Karthus había actuado allí.

La escalera al aire era un peligro constante, y una demostración que hizo a los miembros de la Comisión, en persona e *in situ*, durante la noche, después de la hora de cierre de los presos, no había conseguido otra cosa que causarles una fuerte impresión. Pero de dinero, ni hablar. Un preso decidido, podía trepar por la escalera, mientras otros distraían al guardián, e inutilizarle para apoderarse de sus armas. Discutió con Dannison la conveniencia de apostar allí otro guardián, pero, el jefe de vigilantes había alegado —y esta vez no podía negársele la razón—, que el personal estaba sobrecargado de servicio. Con gran sentimiento por su parte, tuvo que renunciar a la idea... por el momento.

Siguieron su camino. Poco después estaban en la celda número 7, en la Casa de los Muertos.

Westmore se puso en pie al verle.

—Hola, director —saludó—. ¿Alguna nueva noticia para mí?

—No, por ahora, excepto lo que ya sabes. En principio, el gobernador está inclinado al perdón, pero esto son solamente

informaciones extraoficiales, nada seguro, ¿comprendes?

—Sí, señor —contestó envaradamente el condenado.

—Y ahora...

Liddell miró en torno suyo.

—Ábrame, Grantland —ordenó al vigilante.

Penetró en la celda.

—No te molestes, Westmore —dijo—. Es sólo una cuestión de rutina, sin importancia alguna. Deseo revisar personalmente tu correspondencia, es decir, la que has recibido en estos últimos tiempos.

El condenado le miró extrañado durante unos instantes. ¿Por qué no había pedido que le llevasen las cartas a su despacho de la dirección?

—Está bien —dijo—. Sólo me escribe mi hermana de cuando en cuando.

Rebuscó en una mesita que tenía a la cabecera del lecho carcelario y sacó un montón de cartas, que entregó al joven. Irving tomó una de ellas y la leyó rápidamente.

Conocía sobradamente la letra de su prometida. Era la misma que había en las cartas que tenía en la mano. La firma difería solamente en el apellido, pero, indiscutiblemente, era la de Mary Ann.

Estuvo unos minutos fingiendo revisar las cartas, para disimular. Luego las devolvió a su dueño.

—Gracias, Westmore —dijo.

Y salió, rígido, erecto, pero abrumado interiormente por el desastre que se le había abatido encima.

CAPÍTULO XIII

Hacía calor.

De vez en cuando, un relámpago silencioso rasgaba la oscuridad de la noche. Pero la lluvia no acababa de producirse. La lluvia que refrescaría los cuerpos... y las ideas.

Irving tenía las manos a la espalda y miraba a través de la ventana, en su postura favorita. Pero la ventana no era la de su despacho, sino la de la casa de Mary Ann.

La muchacha estaba sentada en un sillón, recta, con las manos sobre las rodillas, mirándole fijamente. Irving no había hablado apenas desde que entrara, media hora antes. ¿Qué le sucedía?

Se puso en pie y se le acercó, apoyándole las manos en los hombros. Irving se estremeció levemente, pero no volvió la cabeza.

—Irving —murmuró ella—, a ti te sucede algo.

—Sí —contestó el joven pausadamente—. Me sucede que quieren que dimita.

—¡Pero tú no lo harás! —exclamó Mary Ann impulsivamente.

—Eso depende más bien de ti que de mí, querida.

La muchacha vaciló un instante.

—Irving, la tuya es una profesión que no me agrada demasiado, aunque sé que si a ti te gusta, a mí debe gustarme también. No te amaría si no compartiera contigo tus gustos y preferencias, tus alegrías y tus sinsabores. Sí crees que debes permanecer en el puesto, ¡adelante!, sin mirar en otra dirección que la que te señale tu concepto del deber. No hagas caso de lo que piense yo en este sentido.

—¿Lo dices en serio, Mary Ann? —preguntó él.

—Absolutamente —respondió la joven con rotundo énfasis.

—Repítelo de nuevo, Mary Ann Westmore.

Un cárdeno relámpago brilló de pronto en el cielo. El silencio se intensificó repentinamente hasta límites dolorosos.

—Irving —murmuró ella en tono muy bajo.

Liddell se volvió de pronto y la tomó por los hombros.

—¿Por qué no fuiste franca desde un principio, Mary Ann?

La muchacha bajó la cabeza. Dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡Contéstame, Mary Ann! —exclamó él casi a gritos—. No me importa que seas la hermana de un condenado a muerte. Lo que me duele es tu engaño, la ficción que has mantenido hasta ahora. Eso es lo que quiero que me expliques, Mary Ann. Lo demás... bien, pienso que tú no tienes la culpa de las acciones cíe tu hermano, a menos que le indujeras a cometerlas, cesa de que no te creo capaz. Contéstame, te lo ruego.

Mary Ann levantó la vista hacia su rostro. El suyo estaba brillante por las lágrimas.

—¿Qué explicación quieres que te dé, Irving? —murmuró con tono dolido—. ¿Qué me avergonzaba tener un hermano asesino primero y reo de muerte después? ¿Que no hubiera encontrado trabajo si hubiese mencionado el apellido de Tony? ¿Qué otra cosa puedo alegar, Irving?

El joven la soltó. Empezó a pasearse por la habitación a grandes zancadas.

—¿Pensabas acaso que te iba a abandonar por ser la hermana de Tony? —exclamó rabiosamente—. Si me lo hubieras dicho antes, si te hubieses franqueado conmigo a tiempo, las cosas habrían variado mucho. Podía haber dimitido cuando aún era tiempo, pero ahora... es lo que ellos están esperando, ¿comprendes?

Los ojos de la muchacha se abrieron desmesuradamente.

—¡Cómo! ¿Te presionan conmigo, Irving?

—Exactamente. Esta tarde, he recibido una visita en mi despacho. Me han amenazado con publicar la historia en primera plana si no dimito mañana antes de las cinco de la tarde. ¿Te imaginas lo que dirán los periódicos? «¡DIRECTOR DE LA PENITENCIARIA PROMETIDO A LA HERMANA DE UN CONDENADO A MUERTE...!». ¡Venta, venta de miles de ejemplares más! El público los arrebatará literalmente de las manos de los vendedores, ansioso de conocer la historia...

—¡No, no pueden hacer eso! —gritó la muchacha, estremecida de pavor, con el rostro tan blanco como la nieve.

—Lo harán —dijo él incisivamente—. Y entonces, lo habrán conseguido igualmente, porque la opinión pública exigirá mi dimisión. Si no lo hago yo voluntariamente, el gobernador me pedirá que dimita. Y, en resumidas cuentas, esos canallas habrán conseguido sus propósitos.

Mary. Ann tuvo que apoyarse en la pared. Las piernas se negaban a sostenerla.

—Eso que dices no puede ser cierto, Irving —dijo con voz apenas audible.

El joven exhaló una agria carcajada.

—Por desgracia, sucederá así, como dices. Mañana mismo iré a ver al gobernador y le diré que nombre a mi nuevo sucesor.

—¡No, Irving, no hagas eso! —clamó la muchacha—. ¡Por lo que más quieras!

Irving la miró fijamente.

—Tu hermano está allí, donde yo mando. Dentro de unos días lo ahorcarán. ¿Cómo vas a casarte con el hombre que, prácticamente, tiene que matarlo?

Mary Ann dio un salto hacia él. Le agarró por un brazo. Sus ojos ardían, en tanto que sus senos se agitaban con violencia, combando con duras curvas la tela del vestido.

—¿Y antes, no me iba a casar contigo? —exclamó—. ¿O eres tú el que no se quiere casar ahora con la hermana de un asesino?

Irving la zarandeó con fuerza.

—¡No digas eso, Mary Ann! —bramó—. ¡No se te ocurra decir jamás una cosa semejante! ¿Me has oído? —Su frente estaba brillante de sudor, como si se la hubiera untado con manteca fundida—. Escucha —dijo de pronto—: mañana presentaré mi dimisión. Esperaremos hasta que se haya resuelto lo de Tony. Tengo unos miles de dólares ahorrados. Nos casaremos inmediatamente y nos iremos muy lejos de aquí, ¿me entiendes? No me importa que nadie sepa que te llamas Westmore; lo que deseo es que olvides todo y no lo conseguirás mientras residamos en esta podrida ciudad. Prométeme que lo harás así, Mary Ann.

—No —respondió jadeante—. No quiero que dimitas. Sigue adelante. No te importe, caiga quien caiga. Si accedes a sus propósitos, se reirán de ti, aumentarán sus extorsiones... Sigue adelante, Irving, sigue... sin importarte que yo... que yo...

Los nervios de Mary Ann se rompieron de pronto. Llevóse las manos a la cara y dando media vuelta, huyó a la carrera, tropezando con los muebles, hacia su dormitorio. Cerró de un portazo y se arrojó sobre el lecho, sollozando convulsivamente.

Irving permaneció unos momentos contemplando la puerta por donde había desaparecido la muchacha. Luego, con los hombros hundidos, salió de la casa.

Mary Ann lloró durante largo rato. Luego se dirigió al baño, donde se limpió cuidadosamente las huellas del llanto. Y después de arreglarse el rostro, dirigióse hacia la puerta de la calle.

Media hora más tarde, estaba en el despacho de su jefe, Leighton, editor del *Daily*.

Leighton se asombró de verla por el periódico a aquellas horas, tan poco acordes con su tiempo de trabajo. Sin apenas preámbulos, la muchacha le explicó claramente la situación, relatándole hasta el menor de los detalles.

Leighton se quedó pensativo durante un largo rato. Su mano derecha se movía maquinalmente sobre la mesa.

De pronto agarró el teléfono privado y marcó un número.

—¿Eres tú, Latimer?

Mary Ann miró asombrada a su jefe. Latimer era el editor del *Tribune*, el otro periódico rival, y ambos no se podían ver ni en pintura.

—Escucha, tengo una noticia extraordinaria. Mi secretaria, la señorita Winters... ya lo sabes, es la prometida de Irving Liddell, el director de la penitenciaría del Estado... Bien...

Leighton estuvo hablando durante largo rato con su rival, explicándole detalladamente lo que sucedía.

Luego dijo:

—Ese Liddell es un buen chico y está haciendo lo indecible para mantener el orden y la Ley en la parte que le toca. Lo que quieren hacer con él es una marranada indescriptible. Por supuesto, sería una noticia sensacional, pero con ello no haríamos sino servir los intereses de un maldito hijo de perra que tiene metida a la ciudad en el bolsillo. Por lo que a mí respecta, te prometo no publicar una sola línea de este cochino asunto.

El lenguaje de Leighton era hartó liberal y más en ocasiones como aquélla, en que perdía los estribos y el dominio de sí mismo.

—Desde luego, es algo que la gente no debe saber. ¿Qué culpa tienen ellos dos de lo que les pasa? Bastante soportan ya con el problema de Tony condenado a muerte... Gracias, Latimer; me eres muy antipático, aunque sólo en el terreno profesional, desde luego. Sin embargo, sé que eres recto y que procuras servir a la verdad. Gracias y dispón de mí como quieras.

Leighton colgó el teléfono y se enfrentó con Mary Ann.

—Ya está, muchacha. Váyase tranquila a su casa. Irving no dimitirá. Además, le prometo presionar en favor de su hermano.

Nuevamente estaban arrasados en lágrimas los ojos de Mary Ann.

—Gracias, gracias —fue todo lo que supo decir.

Al quedarse solo, Leighton encendió un grueso habano. Meditó unos instantes, con el entrecejo arrugado.

Luego volvió a usar el teléfono.

—¿Alvin Karthus? Aquí, Leighton, del *Daily*. Gracias, sí estoy bien. Oiga, tengo entendido que me guardaba usted las primicias de una noticia sensacional... ¿Que cómo lo he averiguado? ¡Hombre de Dios, para algo soy periodista! Escuche, tengo que decirle una cosa, Karthus: De todos los hijos de perra, puercos y canallas que he conocido, usted es el mayor, el alcaioide, la suma total de todos ellos, ¿me entiende? Es usted un maldito bastardo, digno de ocupar una celda en la penitenciaría que dirige el hombre a quien usted quiere echar para colocar a uno de sus cochinos protegidos. Pues bien, sepa que no publicaré una sola línea acerca de la señorita Winters ni del director Liddell, se empeñe quién se empeñe, ¿estamos? Ah, y no llame al *Tribune*; mi colega Latimer está completamente de acuerdo con ello. ¡Adiós, cerdo!

Y colgó, sumamente satisfecho del sofión que acababa de largarle a un individuo a quien siempre había detestado.

Después llamó a Irving y le dijo lo que sucedía y que no dimitiese por nada del mundo o, entre otras cosas, tendría que llamarle cobarde públicamente. Irving quiso enterarse de la forma en que Leighton había conocido la noticia, pero el editor se negó en rotundo a manifestárselo y cortó la comunicación antes de que el joven pudiera añadir una sola palabra más.

Aquella noche, Karthus tuvo un ataque de ira tal, que estuvo a punto de sufrir un colapso cardíaco.

Pero se recuperó prontamente. Aún tenía algunos cartuchos en reserva.

Uno de los cartuchos tenía escrito el nombre de Sam Hobbins.

El otro, el de Tony Westmore.

CAPÍTULO XIV

Al día siguiente, Hobbins recibió un mensaje por medio del correo secreto de los presos. El mensaje era muy detallado e incluía las instrucciones necesarias para el planteamiento del motín.

Con la cena, Tony Westmore recibió también un mensaje. Era un papelito cuidadosamente doblado y colocado entre dos rebanadas de pan, bajo la mantequilla ya extendida sobre el mismo en la cocina del penal.

Tony leyó el breve mensaje e instantáneamente hirvió su pecho en ira.

Liddell es el amante de tu hermana.

Confía en nosotros, te sacaremos de aquí a tiempo.

El joven supo conservar la calma de modo que a él mismo le pareció milagroso. El mensaje encerraba una doble noticia.

Ahora comprendía el interés de Liddell por su correspondencia. ¡El muy bastardo! Afortunadamente, le prometían salir de allí. Total, si ya estaba condenado a muerte, no le harían mucho más por otros dos asesinatos. Porque Irving y Mary Ann tenían que morir. Y de esto se encargaría él en persona.

En cuanto lo sacaran fuera de la penitenciaría.

Tan excitado estaba interiormente, que ni siquiera se le ocurrió preguntarse por los medios que iban a emplear los que intentaban ponerle en libertad. Sólo veía una cosa: a su hermana convertida en una pérdida, precisamente por un hombre que alardeaba de rectitud y principios morales. No, no podían seguir viviendo aquella pareja de sinvergüenzas... cosa la cual él tendría buen cuidado de llevar a término.

¡Qué callado se lo habían tenido los dos! ¡Claro, cómo se iba a

casar Liddell con la hermana de un convicto! El otro procedimiento era mucho más cómodo..., pero él no estaba dispuesto a seguir tolerándolo un solo momento más de lo necesariamente imprescindible.

Pero en su ceguera de odio, Tony cometió un error.

El motín estalló al día siguiente.

—¡Esta bazofia no se puede comer! —aulló de repente un penado.

El enorme comedor de la penitenciaría estaba repleto de presos. La voz del protestante sé alzó por encima del rumor de las conversaciones y del ruido de los cubiertos, acallando en el acto todos los sonidos.

—Es una porquería —gritó otro.

—Que se la coma el director —chilló un tercero.

Hobbins y sus compañeros azuzaban por lo bajo a los más próximos.

Uno de los guardianes trató de acercarse a uno de los que protestaban. Tropezó de repente en una pierna que le había salido al paso y cayó cuan largo era. El contenido de una docena de platos le cayó al instante encima, poniéndolo perdido de comida.

—¡Vamos a protestar de la comida al director! —gritó alguien.

E instantáneamente, una monstruosa masa de más de mil presos se encaminó tumultuosamente hacia la salida, apretujándose en su ansia por abandonar el comedor.

El griterío era espantoso. Los bancos y las mesas fueron volcados con gran estrépito, a la vez que decenas de objetos partían contra las ventanas, rompiendo los cristales en mil pedazos.

Desde su despacho, Irving oyó la algarabía.

—Ya está aquí —pensó.

Y se puso en pie, acercándose a la ventana, justo en el momento en que la muchedumbre de convictos se lanzaba al patio tumultuosamente.

En el taller, Don Miller bloqueó la cerradura que daba al garaje.

Confundidos entre la multitud de convictos, Webster, Grimsby y Goldberger salieron al patio. Webster llevaba bajo la ropa un trozo de tabla de unos sesenta centímetros de largo, por diez de ancho y dos de grueso, procedente de uno de los bancos destrozados en el motín.

En «La Jaula», Ryan y «La Rubia» oyeron el escándalo. El guardia Rice se asomó a una ventana para ver lo que pasaba.

Ryan le atacó por detrás, golpeándole con saña. El guardián cayó desvanecido.

—Las llaves, pronto —exclamó «La Rubia».

Registraron los bolsillos del vigilante desmayado y encontraron las llaves. Empezaron a abrir las celdas de los locos.

—¡Hala, chicos, os ponen en libertad! —gritó Ryan.

Sabía lo que pasaría cuando aquellos infelices dementes se encontrasen con la vociferante masa de reclusos y se dieran cuenta de que no podían escapar. Pero eso a él no le importaba.

Los locos salían de sus celdas soltando terribles carcajadas. Había uno completamente desnudo, que bailaba y se agitaba de modo horripilante.

Ryan y «La Rubia» escaparon escaleras abajo. Los locos podían ser tan peligrosos para ellos como para los guardianes.

Uno de los locos divisó de repente el cuerpo tendido del guardián Rice. Se abalanzó sobre él y empezó a patearle la cabeza. Otros dementes se le unieron en la macabra labor. Pronto crujieron los huesos del cráneo y la cabeza del infeliz guardián quedó reducida a una pulpa sanguinolenta.

Los demás locos se lanzaron escaleras abajo, aumentando la confusión. En el patio C, los incorregibles gritaban frenéticamente.

Al oír el primer grito, Wayle supuso lo que iba a pasar. Acababa de hacer una visita a Westmore y se lanzó escaleras abajo, saliendo al patio C. Abrióse paso con sus poderosas zarpas entre los grupos de reclusos y llegó a la puerta blindada.

El guardia Hills estaba de servicio en la torreta. La juventud y el ansia combativa de Wayle le hicieron cometer un error imperdonable.

—¡Abra, Hills! —gritó.

Hills no hubiera abierto por su gusto, pero Wayle era su superior y le debía obediencia. Retirándose al interior de la torreta, bajó la palanca de apertura y la puerta empezó a deslizarse hacia un lado.

En el mismo momento, Webster y sus dos amigos se acercaron a la puerta. Esperaron a que hubiera el espacio suficiente.

Wayle quiso franquear el umbral. Entonces, de modo súbito e inesperado, Grimsby y Goldberger saltaron sobre él.

Uno le sujetó por los brazos, en tanto el otro le aplicaba a la garganta un trozo de fleje de hierro, afilado como una cuchilla de afeitar.

—¡Ni un solo movimiento o te degollamos! —dijo. Goldberger.

Webster se lanzó escaleras arriba. Hills lo vio subir y se precipitó hacia la palanca de cierre, subiéndola de nuevo.

La puerta empezó a deslizarse en sentido contrario. De pronto tropezó con la tabla y se quedó parada. El motor empezó a zumbiar y a recalentarse. La tabla, situada entre la jamba de cemento y el hierro, impedía el cierre de la puerta.

Hills agarró una de las metralletas y se apostó en lo alto de la escalera, apuntando con el arma al convicto.

—¡Quieto! ¡No te muevas o te acribillo!

Webster se detuvo tres peldaños más abajo. Echándose a un lado, sonrió perversamente.

—Mira, Hills —dijo—. Mira a tu jefe.

El guardia tendió la vista hacia el pie de la escalera. Wayle estaba sujeto por los dos convictos. Goldberger mantenía el filo del improvisado cuchillo apoyado contra la yugular del subjefe de vigilantes.

—Te doy diez segundos para que tires la metralleta, Hills —dijo el convicto—. De lo contrario, tan cierto como que estamos aquí, Wayle morirá degollado.

Hills vaciló unos segundos. Conocía la clase de gente que tenía frente a sí y sabía que eran hombres capaces y resueltos a todo. Podía acribillar a Webster, pero sabía que Wayle moriría también.

El rufián se aprovechó de su indecisión. Subió de un salto los escalones que le separaban del rellano y arrancó la metralleta de manos del guardia. Luego le golpeó cruelmente en el estómago con la culata del arma.

Hills se curvó sobre sí mismo. Con singular sadismo, Webster le pegó un terrible puntapié en la espalda, lanzándolo por las escaleras abajo. El guardián quedó exánime en el suelo.

Webster se metió en la torreta. Bajó la palanca y la puerta volvió a abrirse.

Segundos después, un torrente de presos, los incorregibles, se lanzaban al patio grande, en medio de un ensordecedor griterío. Por algunas de las ventanas ya empezaban a brotar leves humaredas,

indicios de algunos colchones incendiados.

Webster agarró la segunda metralleta. Luego descendió las escaleras a toda velocidad. Grimsby se apoderó del arma.

El escándalo era inenarrable. La sirena de alarma ululaba constantemente, enviando sus alaridos a la atmósfera. Por encima de su tremante sonido, el griterío de los presos resultaba ensordecedor.

Los guardias del comedor resultaron arrollados en la primera embestida, aunque no recibieron daño grave. El jefe del servicio cerró las puertas, quedándose allí solo con los cuatro o cinco vigilantes que solían acompañarle para presenciar la comida de los presos.

Irving presenció el motín desde su ventana. Acercóse al intercomunicador y empezó a dar órdenes. Las torretas fueron ocupadas a poco por una guardia reforzada. Pero había numerosos vigilantes libres de servicio y en aquel momento los necesitaba a todos.

Dio a su secretario Snitkin la orden de avisar a todo aquel que estuviera en aquellos momentos fuera del penal.

Por las ventanas altas del Bloque A, situado a su derecha, salía humo espeso. Irving torció el gesto. Si el incendio se propagaba, la cosa podía empeorar, aunque confiaba en que el fuego no pasaría de las mantas y las colchonetas.

Llamó al comedor.

—Keagley al habla —le contestó una voz.

—¿Cómo están? —preguntó el joven.

—Bien. Hemos recibido algunos golpes, pero no hemos sufrido lesiones graves.

—Lo celebro. Permanezcan ahí y no abran las puertas hasta nueva orden.

—Sí, señor.

Los guardias del patio se habían refugiado en un grupo de celdas del piso alto del Bloque B. Era todo lo que podían hacer para escapar a la furia de los presos, en tanto no entrasen fuerzas armadas en el patio. No podrían salir, pero, al menos, a los presos tampoco les sería posible atacarles, parapetados tras una sólida reja de acero. Peor que ellos estaban los guardias del comedor, la puerta de cuyo departamento era mucho más endeble.

De repente, la vista de Irving captó un detalle singular.

El inmenso pelotón de penados había abierto una calle central, por la cual avanzaba un grupito compuesto de cuatro personas.

Irving se quedó helado. Ninguno de los tres convictos que escoltaban a Wayle pertenecían al bando de los promotores del motín. Y dos de ellos llevaban sendas metralletas. Con una se abrían paso y con otra amenazaban a Wayle.

La reacción del joven fue instantánea.

Se precipitó hacia el «intercom» y llamó al guardián de la puerta principal.

—¡Miller!

—¿Señor?

—Escuche, tres presos han conseguido apoderarse de las armas que había en la torreta de separación. Han capturado al subjefe Wayle y parece quieren largarse a la calle, llevándoselo como rehén.

—¡Santo Dios! —exclamó el guardián—. ¿Qué hago, señor?

—Salga a la calle y cierre por fuera. Olvídese de lo demás, ¿entendido?

—Sí, señor.

Irving volvió a la ventana. El griterío seguía. Ahora, algunos presos estaban bajando colchonetas de los dormitorios y amontonándolas en el centro del patio para pegarles fuego.

Llamó a Sanders, el jefe de talleres.

—Sanders, escape. Tres presos van para ahí con metralletas.

—Sí, señor.

Volvió a mirar hacia la ventana. Webster y los suyos avanzaban por el patio, derivando hacia la derecha, en dirección a la puerta de talleres que comunicaba con el patio y que Miller, el preso cómplice de los fugitivos, había dejado abierta también.

El «intercom» zumbó de repente. Irving corrió hacia el aparato y movió la palanquita que abría el contacto.

—Liddell —dijo.

—Aquí, Grantland. Señor, oigo un gran escándalo abajo, en la puerta de entrada a los departamentos... ¡Ya la han abierto, señor!

Irving palideció. Grantland era el guardia que estaba de servicio en la Casa de los Muertos.

CAPÍTULO XV

Para Hobbins, el motín y su futura represión carecían de importancia, con tal de lograr sus fines. Su idea era hacer salir a Irving de su puesto y esto sólo podría conseguirlo provocando una grave alteración del orden, cosa que únicamente podía perjudicar al director.

Sabía lo que vendría después: los periodistas. Entonces, todos los presos se quejarían de la comida, aparte de los malos tratos; quejas sin fundamento. Pero los periodistas eran crédulos y el público mucho más. Liddell saltaría. Y entonces vendría Dannison con sus favoritos y...

—¡Vamos a la Casa de los Muertos! —gritó.

«El Liebre» le secundó en el acto.

—¡Hay que liberar a Westmore!

Para según qué cosas, los presos poseen un acusado sentido de solidaridad. El grito de «El Liebre» fue escuchado por muchos.

Un enorme pelotón, más de cien convictos, se lanzó hacia el Bloque C a través de la abertura del portón. El guardia Hills continuaba inconsciente al pie de la escalera. Envuelto en la masa gritadora y gesticulante, Hobbins no vio la sangre que brotaba de la frente del vigilante; de lo contrario, hubiera tenido motivos para preocuparse.

Al cruzar el portón, divisó a un individuo completamente desnudo, que bailaba una frenética danza, rodeado de un puñado de carcajeantes convictos.

—¿Quién es ése? —preguntó.

—Louis, el loco —contestó alguien.

Hobbins frunció el ceño. Los alaridos del demente resultaban estremecedores. ¿Por qué estaba libre aquel tipo? ¿Quién había abierto las celdas de los locos?

Pero siguió su avance. Varios de los sublevados llevaban

tablones y maderas procedentes del comedor. Llegaron al portón del Bloque C y lo franquearon con facilidad: el guardián que estaba allí de servicio había escapado, escondiéndose al oír los chillidos de los locos fuera de las celdas.

—¡Vamos! —gritó «El *Dandy*»—. ¡Abrid esa reja!

Dos o tres presos empezaron a golpear la cerradura con los maderos. Los golpes resonaban con fuerza. Al cabo de unos momentos, sonó un fuerte chasquido y la cerradura saltó.

Una aullante marea de grises uniformes se precipitó hacia arriba, con tremendo estrépito.

El guardia Grantland aguantó hasta el último momento. Cuando vio que los presos habían forzado la cancela de la planta, echó a correr. Sin armas, era tontería permanecer en su sitio, enfrentándose con un centenar de fieras enloquecidas.

Abrió la puerta del patíbulo y se cerró por dentro, escuchando atentamente. Si las cosas se ponían mal, podía abrir la trampa y lanzarse al cuarto donde se presenciaban las ejecuciones. No creía que los presos le buscaran allá. Probablemente, se contentarían con sacar a Westmore de su celda. Bueno, ya volvería, se dijo, mientras bacía girar por el lado de dentro la llave de la puerta blindada.

La reja ele acceso al corredor de celdas fue hecha saltar por el mismo procedimiento. Los sublevados se precipitaron en el pasillo.

Huris lanzó un grito.

—¡Westmore, venimos a libertarte!

El condenado estaba agarrado con ambas manos a los barrotes de la reja.

—¡Bien, muchachos, adelante!

Uno de los amotinados lanzó un grito:

—¡Apártate, Westmore!

Dos maderos empezaron a golpear la cerradura. A cada golpe, sonaba un alarido de satisfacción. El cerrojo saltó al fin con enorme estrépito, cosa acogida por todos con un aullido de alegría.

Decenas de manos palmearon las espaldas de Westmore. El condenado se unió al grupo.

—¡Al patio, al patio!

La marea retrocedió en dirección contraria. Hábilmente mezclados entre ellos, Hobbins y sus compinches gritaban más que nadie.

Descendieron, las escaleras en volandas. Al llegar abajo, al gran rellano donde convergían los accesos a los distintos departamentos del grupo Bloque C, oyeron un enorme golpazo.

—¿Quién ha sido ése?

Una atroz carcajada sonó en lo alto. Cien pares de ojos se levantaron en el acto.

Asomado a la barandilla de la escalera, en el tercer piso, había un demente que agitaba los brazos con movimientos frenéticos.

—¡Ha volado, ha volado! —gritaba.

Hobbins miró al caído y palideció. Era el guardia Rice.

—¡Y yo también voy a volar! —chilló el loco, saltando al espacio con los brazos abiertos.

Los presos se apartaron precipitadamente. Se oyó un crujido aterrador cuando el cráneo del demente se abrió contra el cemento del suelo.

Hobbins empezó a temblar. Ya había un guardia muerto, aparte del loco que acababa de estrellarse contra el suelo. La cosa empezaba a torcerse; había derramamiento de sangre. Esto no le convenía en modo alguno.

La masa reaccionó enseguida.

—¡Al patio!

Hobbins y los suyos fueron arrastrados. Westmore iba en cabeza, gritando más que nadie. Ansiaba llegar al despacho de Irving y romperle algo muy duro en la cabeza. La sed de locura se le había contagiado.

Cuando ya llegaban al portón de la tapia de separación, vieron a Hills, que continuaba inconsciente en el suelo. Un convicto bajaba en aquel momento de la torreta.

—¡Se han llevado las armas!

Hobbins empezó a sentir miedo. Las cosas se torcían más, mucho más de lo que había pensado. El guardia estaba tendido en el suelo; eso significaba que las armas se hallaban en poder de algún preso y no con buenas intenciones.

Trató de unirse a sus compañeros, pero éstos vociferaban y gesticulaban más que nadie. Alguien le empujó y se vio obligado a correr.

En el centro del gran patio ardía una enorme hoguera. Constantemente iban y venían los sublevados, arrojando

colchonetas y mantas a las llamas, que despedían una densísima humareda.

En las torretas, los guardias estaban al pie de sus armas, listos para intervenir en cualquier momento.

Desde la ventana de su despacho, Irving contemplaba el motín. El escándalo de los sublevados le preocupaba más que la suerte de su teniente de guardianes. Webster y sus acólitos habían conseguido alcanzar ya el garaje.

El joven regresó a su mesa. El penal disponía de un sistema de altavoces y un micrófono.

Primero dio varios toques de claxon. Luego tomó el micrófono.

—¡Atención a todos! —dijo—. Habla el director.

Centenares de rostros se volvieron hacia él instantáneamente.

—En bien de todos, os recomiendo volváis en el acto a vuestras celdas. He de deciros una cosa: estáis siendo arrastrados al motín por una pandilla de granujas que no desean más que su propio provecho y que en el momento oportuno os darán de lado. Regresad en buen orden y de este modo evitaréis un castigo mucho mayor. Es la última vez que lo ordeno.

Cientos de puños se levantaron hacia él, al mismo tiempo que un ensordecedor coro de «¡búuss!» se elevaba en el aire. Uno de los puños era blandido por Tony Westmore, en cabeza de los amotinados.

Irving palideció. ¡El hermano de Mary Ann estaba entre los sublevados! Pero ¿cómo...? ¿Es que no comprendía aquel idiota que con tal gesto comprometía su indulto? ¿Quién diablos le había hecho unirse al motín?

Intuyó que debía tratarse de alguna turbia maniobra inspirada por Karthus, como venganza del silencio de los diarios. No conseguiría el escándalo, debió de pensar, pero al menos se desquitaría de aquella forma, haciendo que el gobernador denegase el indulto del muchacho.

—¡A los talleres! —gritó Westmore de pronto—. ¡Allí hay herramientas y las haremos servir de armas!

La masa de sublevados se precipitó hacia los talleres, en medio de un estruendo ensordecedor.

De pronto sonó el zumbador.

Irving corrió hacia el «intercom».

—Habla el director.

—Oiga, director —chilló una voz frenética—, soy Webster. Escuche, tengo a Wayle en mis manos. Le estoy apuntando con una metralleta. Disponemos de su coche y queremos salir. Haga que nos abran inmediatamente o fusilaremos al subjefe.

—Si disparáis un solo cartucho, os colgarán a todos, Webster —contestó el joven.

—¡Eso no importa ahora! ¡Wayle morirá primero! ¡Vamos, de la orden de abrir!

Irving hizo una pausa.

—Lo siento mucho, Webster —dijo—. Tendrás que arrojar las armas. Miller, el guardián de la puerta exterior, se ha largado, llevándose la llave. Estamos todos encerrados aquí, dentro del penal, ¿comprendes? Nadie puede entrar, pero tampoco nadie puede salir...

Una espantosa maldición le cortó la frase sin darle tiempo a terminarla.

CAPÍTULO XVI

Dos o tres guardianes, entre ellos su secretario y Humble, el jefe de cocina, penetraron en el despacho.

Irving disponía allí de un armero, con varias pistolas ametralladoras. El otro se bailaba en el cuerpo de guardia, junto a la puerta principal, y la llave estaba en poder de Miller, el vigilante que había escapado por orden suya. El tenía otra llave, y Dannison, el jefe de guardianes, otra.

Por cierto, ¿dónde estaba Dannison? No se le había visto ni oído desde el estallido de la sublevación. Curioso comportamiento el del hombre que aspiraba a substituirle. ¿Por qué no se lanzaba a aplastar el motín, con lo que conseguiría méritos para alcanzar el nombramiento?

Abrió el armero y entregó a los presentes sendos rifles automáticos. Debajo de ellos se oía un espantoso tumulto.

—Escúchenme —dijo—, los presos han invadido los talleres. Es preciso desalojarlos al patio. Dispararemos al aire para intimidarlos, pero no tiren a dar, a menos que sea estrictamente necesario, ¿entendido?

—Sí, señor —le contestaron los guardias, revisando las armas.

—Una vez desalojados los talleres, recogeremos todos los rifles y metralletas del armero del cuerpo de guardia. Después nos retiraremos aquí, habiendo cerrado previamente las puertas de talleres. —Aspiró con fuerza el aire—. Tengan en cuenta que ya hay dos presos armados con metralletas y que Wayle está con ellos como rehén. Ante todo, es preciso garantizar la vida del muchacho. Usted, Snitkin —se dirigió a su secretario—, quédese aquí atendiendo los teléfonos. Y, procuren evitar en todo lo posible la efusión de sangre...

En aquellos momentos, Grantland había conseguido asomarse al rellano central del Bloque C. Buscó un teléfono y llamó.

Irving abrió el contacto del «intercom».

—Liddell al habla.

—Director, soy Grantland. Los locos se han escapado. Rice ha sido arrojado desde arriba y está muerto. También hay otro loco muerto.

Irving palideció. ¡Los locos sueltos! ¡Un guardián muerto!

¡Y no quería derramamiento de sangre!

Miró a sus hombres. Éstos le devolvieron la mirada.

—A pesar de todo —dijo, tratando de mantener la serenidad—, procuren contener sus nervios. ¡Vamos!

Se lanzaron escaleras abajo, llegando en unos instantes a la puerta de talleres. El escándalo que se escuchaba al otro lado era ensordecedor.

Entretenidos en su tarea, no se dieron cuenta de que Goldberger habíase asomado por la puerta del garaje, situada casi junto a la principal. Goldberger vio al grupo armado y retrocedió a toda prisa.

—El director va a entrar en los talleres —gritó a sus compañeros—. Ya con un pelotón y todos llevan rifles.

Grimsby palideció. Dudó unos segundos y luego agarró a Wayle por el cuello.

—¡Andando, tú!

En aquel momento sonó una descarga cerrada.

Irving y sus hombres habían conseguido franquear la puerta de talleres, sorprendiendo a los amotinados. Dispararon una docena de tiros al aire, acallando el escándalo en el acto.

—¡Fuera! —gritó el joven imperativamente—. Todos al patio.

Los disparos intimidaron a los amotinados, que empezaron a retroceder en silencio. Uno de ellos, de repente, se salió del grupo y agachándose, empezó a correr hacia la puerta de talleres.

Humble le apuntó con su riñe.

—¡Alto! ¡Párate o disparo!

Irving palideció. El fugitivo era Tony Westmore.

—Quietos, no tire, Humble.

La vacilación actuó en favor del condenado a muerte. Westmore consiguió ganar la puerta del garaje y se unió a los otros tres amotinados.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Grimsby abruptamente, encañonándole con la metralleta.

El muchacho llevaba una gran lima en la mano.

—Estáis para largaros, ¿no? Y el coche es grande. Hay sitio de sobra para los cuatro.

—Estás cometiendo una tontería, chico —le advirtió Wayle.

—Cállate, tú, bastardo —le increpó Webster, asestándole un culatazo que lo derribó por el suelo, jadeando y casi sin sentido.

—¿Qué hacéis? —preguntó Westmore—. ¿A que estáis esperando?

—La puerta principal está cerrada. El hijo de perra que estaba de servicio se largo con la llave —maldijo Grimsby.

El griterío decrecía en los talleres. Grimsby se precipitó hacia la puerta que comunicaba el garaje con aquel departamento.

Irving y sus hombres estaban en el lado opuesto.

—¡Director! —chilló—. ¡Le propongo un trato!

—No trato con los presos —contestó el joven secamente—. Entreguen las armas y ríndanse.

Humble estaba cerrando ya la puerta del patio. Le apuntó con el rifle.

—¡Quieto! —gritó el convicto—. Si tira contra mí, Wayle morirá acribillado en el acto.

El griterío había aumentado en el patio. Se oyó ruido de vidrios rotos.

Grimsby se volvió hacia Irving.

—Director, le doy diez minutos de plazo para abrirnos, sea como sea. Usted tiene en su despacho un duplicado de todas las llaves. Si pasado ese tiempo no nos ha abierto, dispararemos contra Wayle.

Y se refugió en el garaje, antes de que Irving pudiera contestarle.

Agachado, Humble corrió hacia él, después de haber cerrado la puerta del patio.

—Director, déjenos atacar a esos canallas —pidió—. El señor Wayle está en su poder y...

Irving extendió la mano.

—No. Debemos salvar su vida, sea como sea.

—¿Aun al precio de dejarlos escapar?

—Por supuesto que no. Lo matarían a dos millas de la ciudad.

—Pero sólo han dado diez minutos...

—Ya alargarán el plazo. La vida de Wayle es su seguro. Si lo matan, ellos morirán también. Además, sólo tienen un cargador por

metralleta. No podrían aguantar un sitio en regla. Quédense aquí y vigilen que no alcancen la puerta principal ni la del garaje.

Volvió arriba, trepando a grandes zancadas.

Snitkin le dio una noticia.

—Ha llamado el capitán Paxton, de la policía del Estado. Pregunta si quiere refuerzos.

—Dígale que envíe unos cuantos guardias para reforzar las torretas de vigilancia. Como no podrán subir por las escaleras, que se traigan un coche de bomberos para que puedan hacerlo desde el exterior. Ah, y granadas de gases también.

¡Maldita Comisión!, refunfuñó entre dientes. Siempre regateando unos dólares para la seguridad... ¿Y valían aquellos dólares ahorrados la vida del pobre Rice, linchado y defenestrado por los dementes?

La hoguera continuaba ardiendo en el patio. Ahora, los presos se dedicaban a arrancar y desgajar las literas de sus encastres, saliendo al patio armados con grandes tronos de hierro.

¿Y Dannison, dónde diablos se había metido?

Tocó el claxon de nuevo. Esta vez, sus llamadas no surtieron el menor efecto. Los amotinados le contestaron con un clamor de gritos e insultos.

Sonó el «intercom».

—Director, los diez minutos han pasado —dijo Grimsby—. ¿Qué decide?

—¿Qué decides tú? —contestó Irving.

El convicto soltó una espantosa maldición.

—Escuche, ésta es la última, palabra. Quince minutos más. Si no nos abre...

Irving cortó la comunicación. Llamó al comedor.

—Keagley.

—¿Señor?

—¿Siguen bien?

—Por ahora, sí, señor.

—Me alegro. Escuche. Pasen todos ustedes a las cocinas. Cierren la puerta de comunicación con el comedor. Recuerde que la ventana del ángulo izquierdo da al muro externo, bajo la torreta de vigilancia. Cojan las cadenas de transporte de las calderas y úsenlas para izarse hasta la plataforma de la torreta.

—Sí, señor. Ahora mismo.

CAPÍTULO XVII

Mary Ann oyó por la radio las primeras noticias del motín. Inmediatamente corrió hacia el teléfono.

—¡Irving! —llamó desesperadamente, cuando notó que se había hecho la conexión.

—Estoy bien, querida. No te preocupes por mí. Vuelve a tu trabajo y procura portarte con normalidad.

—¿Y Tony?

El joven vaciló.

—¡Contesta, Irving!

—Lo siento, Mary Ann.

—¿Ha... ha muerto?

—¡Ojalá! —exclamó él rabiosamente—. Peor aún: se ha unido a los sublevados.

—Oh, Dios mío —gimió la muchacha, dejándose caer en una silla. Todas las posibilidades de indulto de su hermano habían desaparecido, arrastradas por aquel acto de locura.

Karthus oyó también la radio. Se frotó las manos. Por fin iba a saber aquel bastardo de Liddell lo que era enfrentarse con un tipo como él. Sabría que meterse con él era cosa que producía siempre grandes perjuicios de toda índole.

Y, de rechazo, también la hermana de Westmore sufriría lo suyo. El reo no sería indultado. Había sido una idea excelente lanzar aquel infundio. La nota pasada clandestinamente había obrado como el trapo rojo del matador agitado ante los ojos del toro. Sí, Hobbins sabía hacer bien las cosas.

Pero lo que Karthus ignoraba en aquellos momentos era que Hobbins tenía un pánico cervical. Había muerto ya un guardián, otro estaba malherido y un preso demente se había suicidado, en un ataque de locura causado por el mismo alboroto.

Hobbins estaba buscando un refugio. Tratava de ganar su celda

para quedarse en ella y probar luego que no bahía tomado parte en el motín. No lo hizo tan disimuladamente como hubiera querido.

«El Liebre» captó su gesto. Se lo dijo a Huris, el gorila.

Huris torció la boca.

—Ese miserable hijo de perra nos quiere dejar ahora en la estacada —renegó. Y se lanzó tras él, agarrándole por el cuello, en el preciso instante en que Hobbins trataba de refugiarse en el Bloque B—. ¿A dónde vas tú, cerdo? —le increpó.

—Escucha, Burt...

Huris le asestó un terrible puñetazo en la boca.

—¡Afuera, a chillar y a gritar con los demás! ¿Crees que no sé lo que estás pensando? ¡Vamos, maldito bastardo! ¡Ya que tú tuviste la idea del motín, sigue hasta el final!

Y lo sacó a patadas hasta el centro del patio, seguido por Vannah que se había unido a ellos.

La mayoría de los presos estaban armados con trozos de hierro y barrotes arrancados de las literas, Otros tenían en las manos las herramientas arrebatadas de los talleres.

—Escuchen un momento, chicos —gritó Huris, dominando por un instante el tumulto con su poderoso vozarrón.

Cientos de rostros se volvieron al instante hacia él. Huris y «El Liebre» tenían a Hobbins en medio.

—Vamos a por los guardianes del comedor. Los cogeremos como rehenes y...

La masa de convictos no le dejó acabar la frase. Dos, tres, cuatrocientos individuos, convertidos en una ululante manada, se lanzaron hacia adelante.

Las puertas del comedor saltaron a la primera embestida. Los convictos se desparramaron por el comedor, terminando de destrozar lo que había quedado sano. Las mesas y los bancos fueron sacados al exterior y arrojados a la hoguera. Las llamas rebasaban ya la altura de los Bloques.

Otro grupo de reclusos pasó a las cocinas. Un unánime aullido de rabia se escapó de todas las gargantas al darse cuenta del medio empleado por los guardianes para escapar.

Uno o dos de ellos quisieron alcanzar la ventana, encontrándose con dos rifles que les hicieron desistir de su veleidad. Al bajar, volcaron una enorme caldera, llena de agua hirviendo.

El líquido se derramó sobre un grupo de reclusos. Terribles alaridos se elevaron de las bocas de quienes habían sido alcanzados por el agua hirviendo. Dos o tres hombres se revolcaban por el suelo, en medio de espantosos dolores.

En el comedor, Huris y Vannah maldijeron al ver frustrados sus propósitos. De pronto, «El Liebre» dijo:

—Hay otros guardianes refugiados en las celdas altas.

—¡A por ellos! —gritó Huris inmediatamente. Y echó a correr, arrastrando a Hobbins consigo.

En su despacho, Irving presenciaba la escena de destrucción. Por el momento, no podía hacer nada. Los desperfectos no le importaban. Era la vida de Wayle la que tenía importancia para él.

De pronto, una ametralladora tableteó en el piso bajo.

El corazón se le encogió de pronto. ¿Habían matado ya a Wayle?

Corrió hacia el «intercom», llamando frenéticamente al garaje. Nadie contestó a sus llamadas.

Agarró un rifle y emprendió el descenso, dejando a Snitkin al cuidado de los teléfonos.

Al llegar abajo se encontró con Humble, en el preciso instante en que se oía de nuevo la ametralladora.

—¿Qué sucede?

El vigilante estaba parapetado tras la jamba de la puerta.

—Están tiroteando la cerradura de la puerta principal, señor.

Irving consultó su reloj; los quince minutos estaban a punto de transcurrir.

Asomó la cabeza. La cerradura estaba ya medio destrozada. No obstante, para franquear el gran portón era preciso abrirlo, y abrirlo del todo si querían pasar con el coche.

—Si intentan huir, tiren a las llantas —ordenó.

Y cruzó el zaguán, pasando a los talleres.

Grimsby estaba vigilando en la puerta del garaje.

—¡Quieto ahí, director! —exclamó—. No se mueva o mato a su vigilante.

Irving retrocedió vivamente.

—Ha pasado ya el cuarto de hora, director. ¿Qué me contesta?

—La policía del Estado ya está sobre alerta. Dentro de nada rodearán el penal con un círculo insalvable.

Grimsby se volvió.

—¡Jay, trae acá a Wayle!

El subjefe de vigilantes apareció poco después. Estaba muy pálido, tenía el uniforme desgarrado y ensangrentado todo un lado de la cara.

—No se preocupe por mi director —gritó—. Deje que hagan lo que quieran, menos escapar.

Grimsby sufrió un acceso de rabia y golpeó a Wayle, derribándolo al suelo.

—¡Cállate, maldito! —gritó, apuntándole con la metralleta.

El joven levantó el rifle. Pero no llegó a disparar. Temió que su bala, al herir a Grimsby, provocase en éste un movimiento convulsivo que le hiciese apretar el gatillo por puro reflejo. Y él no era lo suficientemente buen tirador como para desarmarle de un tiro en la mano.

—¡Grimsby! —llamó.

El forajido contestó. Tenía los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué quiere, maldita sea?

—Deja a Wayle en paz. No ganarás nada matándolo, salvo una cuerda en torno al cuello. Pero si haces un solo disparo, te aseguro que no dejaremos al verdugo la tarea de liquidaros. A los cuatro que estáis ahí.

Trask Goldberger empezó a «ablandarse».

El no tenía otra arma, aparte del trozo de fleje afilado, cosa absolutamente inservible contra las armas de fuego. Por otra parte, el principal elemento, la sorpresa, había fallado por completo. «El Roca», aquel maldito y astuto director, había obrado de una manera por completo inesperada, mandando al exterior al guardián de la puerta principal. Nadie podía entrar, era cierto, pero nadie podía salir tampoco. Y las ráfagas de ametralladora lanzadas contra la cerradura no habían surtido todos los efectos esperados.

Por otra parte, ¿quién era el guapo que abría luego el enorme portón, suponiendo que acabasen de quebrantar la cerradura a balazos? Había cuatro o cinco guardias apostados en el gran zaguán, todos ellos armados. El que abriese la puerta, tendría que volverles la espalda durante unos momentos y entonces...

Hacía mucho calor. Goldberger empezó a sudar. Y a pensar en la mejor manera de librarse de aquel embrollo. Quizá si echaba una mano a Wayle, «El Roca» se lo tuviese en cuenta después.

Hizo sus cálculos. Webster era el que había disparado contra la puerta. Le debían quedar en el cargador seis u ocho cartuchos, quizá menos. En cambio, Grimsby tenía todas sus municiones intactas. Sí, era a Grimsby a quien debía dedicar su atención en primer lugar... en el momento adecuado, por completo.

De pronto sonó la voz de Irving:

—¡Westmore!

El condenado a muerte se estremeció.

—Vamos, te llama a ti —rezongó Webster—. Asómate.

El muchacho lo hizo así.

—¿Qué es lo que quiere, director?

—Apártate de esos tipos, muchacho. Te están utilizando como tapadera. Vuelve a tu celda. Lo que has hecho no te favorece en nada.

—¡Váyase al infierno, maldito hijo de perra! Yo no quiero hablar con el hombre que ha hecho de mi hermana una perdida, ¿me ha oído?

Irving palideció. ¿Qué fabuloso embuste le habían contado a Tony?

CAPÍTULO XVIII

Los guardianes del patio estaban refugiados en las celdas del último piso del Bloque B. Habían conseguido llegar hasta arriba sin sufrir graves daños, aprovechando la confusión de los primeros momentos.

Eran una media docena, encabezados por el jefe del servicio, un hombre duro y enérgico, llamado Hazelldown. Éste supo desde el primer momento lo que iba a suceder.

—Cuando se den cuenta de que faltamos, vendrán a buscarnos —dijo—. Querrán someternos como rehenes. Si nos dejamos atrapar, es posible que no nos pase nada, pero también puede suceder que algún convicto se deje llevar de su mala sangre y rebane el pescuezo a alguno de nosotros. Conviene evitarlo desde el primer momento.

Y siguiendo sus consejos, los vigilantes empezaron a hacer lo mismo que los presos, esto es; a destrozar las camas y las literas, con el fin de procurarse armas.

De modo que cuando la aulladora masa subió en tromba hacia el piso superior, no les cogieren desprevenidos.

La escalera estaba montada al aire, adosada a los interiores, y sólo permitía el paso de dos nombres a la vez. Para entrar en el departamento celular, era preciso antes llegar a un rellano y luego atravesar una puerta de menos de dos metros de anchura.

Hazelldown se apostó en la puerta, armado con una gruesa barra de hierro en «T». Otro vigilante, tan fornido como él, estaba a su lado.

—Déjalos que suban —murmuró—. Todavía no nos han visto.

Huris, Hobbins y Vannah iban en cabeza de la manifestación. Fueron los que recibieron los primeros golpes y rodaron escaleras abajo, atropellando a quienes les seguían.

Otro grupo de asaltantes se lanzó hacia arriba, venciendo la

oposición de los primeros momentos. Hazelldown y sus compañeros los recibieron a golpes.

Hubo una breve pelea y unas cuantas descalabraduras. No hay nada que intimide más a un preso que una reacción enérgica apoyada por la justicia. La manada retrocedió, llevándose unos cuantos heridos, Vannah entre ellos.

Los presos volvieron al patio. Su ardor combativo empezaba ya a decrecer. Muchos se preguntaban para qué había servicio el motín y qué ventajas iban a lograr con ello. La mayoría había seguido a los cabecillas por pura inercia y ahora que el empuje inicial se estaba consumiendo, comenzaban a pensar en las consecuencias.

Algunos, por su cuenta, habían recogido a Hills, subiéndolo a la plataforma de su torreta y le estaban atendiendo como podían. Hills recibió unos cuantos golpes al rodar por la escalera y se quejaba de un vivo dolor en la muñeca izquierda. Fuera de esto y de una raja en la frente, que ya había cesado de sangrar, no parecía haber sufrido un mayor daño.

Irving captó la onda. El momento culminante había pasado. La marea empezaba a decrecer. Lenta, pero seguramente, iba descendiendo.

Sin embargo, todavía le quedaba un grave problema entre manos: Wayle.

Sonó el «intercom».

—Director, ¿qué me dice? —preguntó Webster, insolentemente.

—No puedo acceder a lo que me pides, Webster.

—Recuerde que la vida de su hombre está en nuestras manos.

Irving sabía que el tiempo contaba a su favor.

—Y tú, recuerda lo que te dije. Si tocáis a Wayle uno solo de sus cabellos, os achicharraremos a todos.

Y cortó.

De pronto empezaron a oírse sirenas por el exterior. Ya llegaba la policía del Estado.

Abrió el «intercom», llamando a todas las torretas a la vez.

—Que todo el mundo espere mis órdenes. Sólo si yo lo dispongo se lanzarán las granadas lacrimógenas.

A su lado, Snitkin hablaba por teléfono, atendiendo a los impacientes periodistas.

Irving dejó el rifle a un lado y se dirigió hacia la escalera,

llegando al zaguán.

Humble le miró aprensivamente.

—Esos están ahí todavía, director.

—Ya lo sé. Pero yo voy a hacer ahora otra cosa.

Salió al patio.

Cuando se abrió la puerta, el tumulto cesó por completo. Centenares de pupilas contemplaron la inmóvil figura situada en el centro del portón.

El silencio se hizo absoluto, denso, agobiador. Irving permaneció unos momentos quieto en donde estaba, casi bajo el dintel.

Algunos presos le miraron desafiantes desde corta distancia. Irving les devolvió la mirada, uno por uno, obligándoles a bajar la cabeza.

—Vuelvan a sus celdas —ordenó tranquilamente, sin levantar la voz.

Se oyó un ruido extraño: algunos pies restregaban contra el suelo.

—Vamos, vamos, muchachos; ya nos hemos divertido bastante por hoy. Cada uno a su celda.

Y empezó a avanzar tranquilamente.

Primero uno, después dos, luego diez, los convictos fueron dando media vuelta, empujados por la irresistible coerción que ejercía sobre ellos la autoridad que emanaba de la figura del joven.

Hazelldown y sus hombres bajaron a la carrera, uniéndosele. Formaron una fila y empezaron a empujar a la gente como si fuera una manada de reses.

En las torretas, los guardias y los agentes de la policía del Estado, la escena inmóviles, con las armas y lanzagranadas a punto.

Los presos formaron por pelotones y brigadas, como tenían por costumbre. Luego, de dos en dos, empezaron a subir por las escaleras respectivas.

Al cabo de unos momentos. Irving dijo:

Hazelldown, vaya al patio c con tres hombres, Grantland está allí.

—Sí, señor.

Permaneció inmóvil hasta que el patio estuvo despejado por completo.

Hobbins y sus amigos subían a su puesto, confundidos entre la

marea de los demás convictos. Marchaban abatidos, derrotados, sabiendo que habían fracasarlo miserablemente.

Y no era esto lo peor, sino que había habido, por lo menos, dos muertos, uno de ellos un guardián, luego vendrían las Investigaciones y...

De pronto Hobbins vio a un individuo a pocos pasos de distancia. Un velo rojo cubrió sus pupilas.

Se adelantó, forzando las filas y situándose al lado de «El Orejas».

El soplón lo contempló con temor. La mirada de Hobbins infundía pánico.

«El Orejas» intentó escapar. Pero Hobbins había perdido ya todo sentido de la medida. Para él, en aquellos momentos, era el soplón el autor de todas sus desventuras. Era «El Orejas» el que había tenido a Liddell al corriente de cuánto pensaban hacer, el hombre que se pasaba la vida escuchando...

Una sombra oscura cruzó de pronto el espacio. Se oyó un grito y luego un seco golpazo contra el cemento.

Hobbins volvióse hacia los demás, poniendo cara de consternación.

—El pobre —dijo cínicamente—. Tenía un miedo espantoso y se ha tirado por encima de la barandilla.

Pero nadie le contestó.

Hobbins empezó a sentir una súbita aprensión. La gente sabía que él y sus compinches habían organizado el motín, sabía que había muerto un guardián, sabía asimismo que luego se reinaría un régimen severísimo... No, no le tendrían compasión a la hora de las investigaciones.

No obstante, Hobbins seguía confiando en Karthus.

Pero Karthus había cometido un error.

En el patio, Irving oyó el fragor de la caída que había acabado con la vida de «El Orejas».

Uno de los guardianes que quedaran con él, corrió hacia el rellano del Bloque C. Entró y salió a los pocos momentos.

—Un convicto se ha tirado desde el último, piso, señor —informó.

En aquel momento se oyó una ráfaga de ametralladora.

Irving recordó entonces que no había resuelto el principal

problema y corrió hacia los talleres.

CAPÍTULO XIX

El súbito silencio que se había hecho en el patio llegó hasta el garaje.

—¿Qué sucede? —inquirió Webster, vivamente alarmado.

—¿Por qué han callado? —preguntó Grimsby.

Goldberger miró a Wayle, todavía tendido en el suelo. El subjefe de vigilantes estaba muy pálido, aunque respiraba todavía. Luego miró a sus dos compañeros y a Westmore. Los tres estaban vueltos de espaldas a él. ¿Por qué no intentarlo ahora?

Sin pensarlo dos veces, saltó hacia Grimsby, arrebatándole el arma antes de que éste pudiera resistírsele.

Webster se volvió como el rayo.

—¡Trask! ¡Maldito! —gritó. Y apretó el gatillo de su metralleta, comprendiendo que su compañero quería traicionarles para congraciarse con el director.

Goldberger lanzó un aullido espantoso al recibir en pleno estómago media docena de proyectiles. Sus músculos se agarrotaron de pronto, haciendo que el dedo índice se tensara en torno al gatillo.

Su metralleta vomitó un chorro de llamas que abrasó el rostro de Westmore. El muchacho no tuvo tiempo de gritar siquiera.

Grimsby retrocedió irnos cuántos pasos, espantado por la tragedia que se había desarrollado tan súbitamente, ante sus propios ojos y sin darle tiempo a intervenir. El suceso había durado escasamente diez segundos y dos cuerpos humanos yacían en el suelo, sobre grandes charcos de sangre.

Por primera vez, Grimsby sintió miedo, un miedo espantoso a las consecuencias. Una cosa era amenazar y otra, muy distinta, ejecutar las amenazas, aunque no fuese Wayle el muerto.

Webster se puso a chillar.

—¡Quería traicionarnos ese hijo de perra! ¡Nos iba a entregar!

Un par de guardianes surgieron de pronto en la puerta del garaje.

—¡Vosotros, arriba las manos o disparamos!

Webster soltó la metralleta en el acto. Grimsby se puso a llorar.

Más guardianes aparecieron en el garaje. A empujones, sacaron a los dos convictos. Humble se dedicó a atender al subjefe de vigilantes.

Wayle se sentó en el suelo, aturdido todavía.

—Estoy bien —dijo—. Tan sólo algunos golpes... ¿Quiénes son los muertos?

—Westmore y Goldberger.

Wayle asintió pesadamente.

—Ayúdeme, Humble.

En aquel momento entraba Irving en el garaje. El joven contempló sombríamente el trágico cuadro.

—¡Qué locura, qué locura! —murmuró.

CAPÍTULO XX

Todo había terminado ya.

Ya no hacía tanto calor. Ahora llovía, llovía mansamente, pero con gran intensidad, aliviando la tensión.

Irving contemplaba el patio desierto, brillante bajo el agua, excepto en un punto donde todavía se notaban las huellas de la gran hoguera.

Ahora venía la labor de reconstrucción. Las investigaciones estaban en marcha.

Y Karthus no iba a salir muy bien parado. Hobbins había hablado ante la Comisión, soltando muchas cosas que comprometían gravemente al contratista y especulador. El fiscal solicitó del Gran Jurado el proceso contra Karthus, y el Gran jurado aceptó de inmediato.

Karthus había cometido un error: escribir de su puño y letra la nota que Westmore recibiera, nota que Grantland, muchacho discreto y reservado, había entregado al joven.

Éste, a su vez, la había entregado como prueba de complicidad del especulador, aunque suprimiendo la primera línea, la que hacía referencia, calumniosamente, a sus relaciones con Mary Ann. Podía hacerlo perfectamente y no le remordía la conciencia por ello.

El doctor Cargyll también resultaría salpicado. Tendría que presentar la dimisión.

Hobbins y sus compinches habían recibido un severo castigo, en tanto que Ryan y «La Rubia» fueron acusados de homicidio en la persona de un funcionario de prisiones. No les condenarían a muerte, pero les caería encima una buena pena.

Webster y Grimsby estaban en celdas de seguridad, esperando el momento de su proceso. También se les implicaría en las muertes de dos personas, causadas por sus actos delictivos, y asimismo, habrían de responder de las lesiones causadas a Wayne y a Hills.

Los destrozos fueron grandes, pero esto podía arreglarse. Lo que no tenía remedio posible eran las vidas perdidas, en especial la del infeliz Rice.

Y todo porque la Comisión quería ahorrarse unos miserables dólares. Ahora se los concederían..., pero ¿serviría aquel dinero para rescatar las vidas perdidas?

Sonrió agriamente, mientras la lluvia tamborileaba monótonamente sobre los cristales. Dos mil dólares ahorrados en principio... para luego tener que invertir cincuenta mil o más. Se lo merecían, indudablemente. La lástima era no haber podido soltar algún miembro de la Comisión en el patio durante el motín para darle un buen susto.

Sonaron unos nudillos en la puerta. Se volvió.

—Pase.

Entró Dannison, el jefe de vigilantes.

—Me llamaba usted, creo —dijo el hombre, torpemente.

—Así es —respondió el joven—. Voy a comunicarle lo que pienso hacer con usted.

Dannison se envaró.

—Yo hice...

—Usted se escondió desde el primer momento en lugar seguro, abandonando, su puesto cobardemente, Pero esto es lo de menos, Dannison; no todos los hombres son valientes. Lo que no se puede tolerar en un funcionario público es la deslealtad hacia su jefe. Usted sabía que se iba a producir un motín y no puso el menor remedio para atajarlo antes de que fuera demasiado tarde. Ya sé por qué le convenía ese motín, pero si ha leído los periódicos o escuchado la radio, se habrá enterado de que su protector ha perdido todo prestigio. Ahora, Karthus ya no puede facilitarle el acceso a este despacho.

El rostro de Dannison estaba rojo como la púrpura.

—Le degrado a vigilante raso, Dannison —siguió el joven implacablemente—. Wayle ocupará su puesto. Puede hacer guardias en una torreta o presentarme su dimisión, lo que quiera, me es indiferente. Y ahora, salga de este despacho inmediatamente.

Abrumado, Dannison se retiró sin decir una sola palabra.

Más tarde, Irving dejó a Wayle al frente del penal. El muchacho era recto y enérgico. Sabría cubrir bien su ausencia. Además, la

gente ya no tenía ganas de más escándalos. El motín primero y luego la lluvia habían enfriado los ánimos.

Saltó del coche y cruzó el jardín. Llamó a la puerta.

Mary Ana salió a recibirle. La muchacha vestía de negro, salvo un cuello de encajes blancos. Estaba muy pálida y tenía unas ojeras muy pronunciadas.

Irving se destocó.

—¿Puedo pasar?

Los labios de la muchacha temblaron. Asintió en silencio.

Irving cruzó el umbral y dejó el sombrero sobre una consola cercana. Luego la siguió hasta la salita.

—Siéntate, por favor —dijo ella.

El joven accedió. Los dos se miraron en silencio durante unos momentos.

—Te veo muy cansado, Irving —murmuró ella, procurando dar a su voz una entonación normal.

—Sí, un poco —concordó él.

—Entonces..., si no te importa, te traeré una taza de café.

Irving volvió a mirarla, mientras hacía una pausa.

—Sí, creo que una taza de café me sentará bien —dijo con un gran suspiro. Y reclinó la cabeza sobre el respaldo del sillón, mientras ella se dirigía hacia la cocina.

FIN

APARECERA LA PROXIMA
SEMANA EN ESTA COLECCION

Alf Regaldie
DEFIENDO MI VIDA



Precio.
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

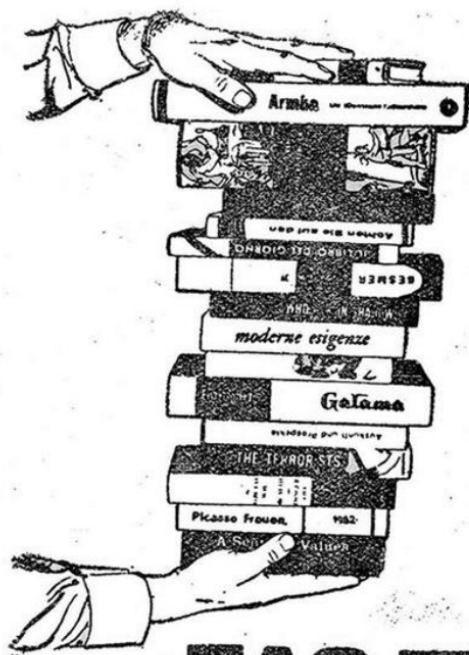
COLECCION
CIRCULO ROJO



Los archivos po-
licíacos abiertos
para Usted.

CRIMEN, S. A.
LA MAFIA
ANTOLOGIA DEL CRIMEN
T-MEN
EL MUNDO DEL DELITO
LIBRO NEGRO DEL CRIMEN
HOLLYWOOD ES MI REINO
LOS AÑOS SIN LEY
LIBRO NEGRO DEL CASTIGO
SEPTIMO INFIERNO
OPERACION BERNHARD
EL ROBO DEL SIGLO
INTERVIENE SCOTLAND YARD
PATRULLA ESPECIAL
INTERPOL
LOS ASESINOS
DELITOS DE SANGRE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Para
encontrar
la
respuesta...

NO

es
necesario
consultar
cien
libros

ZAS

tiene
cien
respuestas



**pequeños libros
de gran contenido**

24 títulos publicados
300 en preparación

Precio
20 ptas.



COLECCION CIRCULO AZUL

Las páginas más apasionantes de la historia y sus personajes más trascendentales, a la luz de las últimas investigaciones.



**EL PROCESO DE
NUREMBERG**

**LOS PAPAS DEL
MUNDO MODERNO**

EL ALAMO

**EL ENIGMA DEL
COLLAR**

LOS ROTHSCHILD

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION



**PUNTO
ROJO**



Las mejores novelas de
acción, de horror y
de misterio.

Precio: 7' - ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

